

INTERPRETACIONES DEL ENSAYISMO ORTEGUIANO

Es evidente que la producción literaria de Ortega y Gasset cae en su totalidad dentro del género literario moderno llamado «ensayo». Se pueden citar pasajes en que denomina él mismo expresamente «ensayos» a todas o casi todas sus piezas literarias de mayor formato.

Define don Julio Casares el ensayo : «Obra o escrito, generalmente breve, en que se trata de alguna materia sin el aparato ni la extensión propios de un tratado completo» (1). Es, pues, característica esencial al ensayo *no decir* de modo definitivo sobre la materia de que se trata ; quedarse como en un decir de tono menor. Ortega lo definirá : «La ciencia, menos la prueba explícita» (I, 318.)

INTERPRETACIONES PRELIMINARES

¿Qué sentido o alcance puede tener el hecho de que alguien no diga sobre un asunto todo cuanto sobre él puede ser dicho en un tratado completo ? ¿ A qué se debe ? La contestación a esta pregunta constituye la interpretación de ese no-decir característico del ensayo literario.

Por lo pronto, caben por principio tres interpretaciones generales que voy a exponer :

1) El no-decir puede ser debido a que *no se sabe más* sobre el asunto. Entendido así, el ensayo literario es una pieza literaria que ofrece al lector un verdadero *ensayo mental*. El aspecto de improvisa-

(1) CASARES, JULIO : *Diccionario ideológico de la lengua española*. Barcelona, Edit. Gustavo Gili, 1948. Artículo : «ensayo». Las citas que hago de Ortega se refieren a la edición en seis tomos de sus *Obras Completas*, publicada en Madrid de 1950-1952 por la Editorial *Revista de Occidente*. Indico, sin más, el volumen en números romanos y la página o páginas en arábigos.

ción, de prueba o tanteo que presenta la expresión literaria de la doctrina, de las ideas, afecta a la doctrina, a las ideas en cuanto pensadas por el autor. Este escribe en estilo ensayista porque no puede escribir de otra manera, ya que piensa también en estilo ensayista. El carácter ensayista de sus escritos tiene su fuente en las ideas, que tienen esa misma modalidad. Este sentido de ensayo lo imponen en nuestros días los nuevos temas que aparecen por doquier en el campo de la ciencia y del arte, por ejemplo; de los cuales no se puede hacer un estudio a fondo precisamente por no tener claridad sobre el fondo mismo del asunto. El asunto es, pues, el que no permite al autor más que un ensayo de exposición. En estas composiciones literarias, por tanto, se aventuran, se adelantan nuevas doctrinas artísticas, político-sociales, científicas, hasta literarias; nuevas y a la vez *por cristalizar ideológicamente*, esto es, *mentalmente no muy seguras*, todavía no fundamentadas con todo rigor. Por esto, la falta de claridad constitutiva de esta literatura ensayista no se atribuye a la voluntad de quien escribe ni a su incapacidad personal o subjetiva, de la clase que sea, sino al estado crepuscular, auroral en que se encuentra el tema, la doctrina naciente. Las limitaciones no se atribuyen a la exposición, sino al estado en que se encuentran las investigaciones sobre los nuevos hechos en el momento en que el autor escribe. La expresión literaria no tiene más claridad porque tampoco la tienen las ideas que expone, que son hipótesis, sugerencias, entrevisiones o cosas por el estilo.

2) También puede atribuirse el no-decir ensayista a que, no obstante estar en posesión plena del asunto o tema que se va a exponer, *no se puede decir*. Esto a su vez puede tener varios orígenes: *no saber decirlo*, por falta de dominio de expresión; *no poder decirlo*, debido a otras ocupaciones del vivir que no dejan tiempo libre para ello (aparte las limitaciones de orden moral).

3) Por último, cabe un tercer caso: que, a pesar de saberlo y de poder decirlo, *no se quiera decir*, debido a consideraciones pertinentes pero no coactivas.

Tales son las interpretaciones generales que por principio se pueden dar a un ensayo literario que se nos pone en las manos sin más preámbulos ni presentaciones.

* * *

¿Cuál de estas interpretaciones se ha de dar a los ensayos orteguianos? Es un hecho que Ortega *nos los presenta ya interpretados*.

He aquí cómo inmediatamente después de dar su definición de ensayo, encamina al lector hacia el sentido concreto que quiere que vea el lector en la falta de prueba explícita de sus escritos: «Para el escritor hay una cuestión de honor intelectual en no escribir nada susceptible de prueba sin poseer antes ésta. Pero le es lícito borrar de su obra toda apariencia apodíctica, dejando las comprobaciones meramente indicadas en elipse, de modo que quien las necesite pueda encontrarlas y no estorben, por otra parte, la expansión del íntimo calor con que los pensamientos fueron pensados. Aun los libros de intención exclusivamente científica comienzan a escribirse en estilo menos didáctico y de remediavagos; se suprime en lo posible las notas al pie, y el rígido aparato mecánico de la prueba es disuelto en una elocución más orgánica, movida y personal» (2).

Queda, pues, claro, según esta confesión del propio Ortega, que en sus ensayos no da las pruebas explícitas, y el dejar de darlas no obedece a que no las tenga sino a que no quiere darlas (3); en otras palabras, no las dice en el sentido de que *las calla* (4). O con más precisión todavía si se quiere: no las calla totalmente: las dice a medias; las da y no las da; alude a ellas tácitamente; las insinúa callandito, las indica meramente en elipsis.

En conclusión, podemos sintetizar los rasgos fisonómicos del ensayo orteguiano del siguiente modo: es la exposición de una doctrina (más o menos subrepticamente filosófica, según los casos) en que se omiten las pruebas explícitas, limitándose tan sólo a indicarlas en elipsis, a insinuarlas, no porque no se posean las pruebas explícitas sino porque no se las quiere dar.

* * *

No cabe la menor duda que Ortega consideraría acertada esta interpretación de sus ensayos, puesto que la ha efectuado él mismo. Ahora bien, ¿quién responde de acertar a interpretar por sí mismo en algún sentido más concreto su obra, partiendo de esa indicación del autor y como guiado vagamente por ella? ¿Y qué diremos si uno

(2) I, 318. Interpreto que ha usado equivocadamente el término geométrico «elipse» por el gramatical «elipsis».

(3) Esfuércese el lector en suprimir en la lectura de estas líneas todo dejillo irónico y léalas sin malicia, con la rectitud con que las he escrito. La fe que merecen la veremos con serenidad más adelante.

(4) «En rigor—dice Ortega—callar es dejar de decir lo que se puede decir» II, 627.

cree que su obra literaria pide ser interpretada en un sentido muy diferente—hasta opuesto—al que él nos propone? Casi podemos estar seguros de que ni en el primero, ni mucho menos en el segundo de los casos conseguiría ganarse sin reserva alguna el *placet* del autor, y si en ello cifraba su éxito podía considerarse de antemano como fracasado.

Como quien amonesta por adelantado a todo posible incauto que tenga el atrevimiento de ponerse a interpretar su obra literaria, adelanta estas densísimas líneas que puede tomar el atrevido como avisos de prudente precaución: «No hay grandes probabilidades de que una obra como la mía, que, aunque de escaso valor, es muy compleja, muy llena de secretos, alusiones y elisiones, muy entretejida con toda una trayectoria vital, encuentre el ánimo generoso que se afane, de verdad, en entenderla. Obras más abstractas, desligadas por su propósito y estilo de la vida personal en que surgieron, pueden ser más fácilmente asimiladas, porque requieren menor faena interpretativa. Pero cada una de las páginas aquí reunidas resumió mi existencia entera a la hora en que fué escrita y, yuxtapuestas, representan la melodía de mi destino personal» (VI, 347).

Y las posibilidades disminuyen hasta pegar el salto a la ribera de lo imposible si el atrevido que se pone a interpretarla es español. Porque es el mismo Ortega quien advierte inmediatamente antes del pasaje citado: «Cuando el español tropieza con la sospecha de que también el prójimo tiene su drama, un drama en el cual el protagonista es él y no nosotros; cuando siente, en suma, que otro pretende existir también, algo en el español se encoge y contrae. Repliégase sobre sí mismo, como ofendido por tal pretensión, se hermetiza, se eriza todo en derredor, y tal vez enseña los dientes» (VI, 347). Esto es, que el español comienza por estar desfavorablemente dispuesto para interpretar la conducta ajena...

No obstante, yo, español—como Ortega, al fin y al cabo—no me arredro; me lanzo a ensayar mis interpretaciones. Significa ello aventurarme a bucear en la dimensión de profundidad del hecho de mantenerse en la peculiar claridad de las insinuaciones o indicaciones en elipsis, de eludir la exposición de los problemas radicales. Esa operación de calado a fondo es lo mismo que buscar el «porqué» íntimo de ese hecho, lanzarse a medir su alcance en profundidad, investigar sus causas o motivos; en una palabra: *interpretarlo*.

Confieso que comienzo por tener reparos muy fuertes que oponen a la interpretación que Ortega da de sus ensayos, pero antes voy a de-

dicarme a laborear sobre ella como quien se propone sacar todo el agua posible de donde el zahorí le ha indicado. Porque con su interpretación, Ortega viene a decir: Mi obra es una vena de agua subterránea. Yo no hago otra cosa que procurar al lector los datos «zahoríticos», esto es, indicársela desde la superficie, aludir a ella. Quien quiera verla con sus propios ojos y aprovecharse de ella, debe cavar. Por esto digo que me voy a detener primero a ahondar en ella (hacer por descubrir los fundamentos que puede tener) para ver el caudal de agua que puede dar de sí, hasta qué punto puede saciar la sed de quien está dispuesto a no dejar de beber hasta que su estómago diga basta.

A.—INTERPRETACIONES DENTRO DE LA AUTO- INTERPRETACION ORTEGUIANA

Concretemos, pues. Si Ortega no dió las comprobaciones explícitas porque no quiso darlas, podemos preguntar: ¿por qué no quiso?, ¿qué razón le movió a no querer darlas? Si ha adoptado esa forma de decir deliberadamente, pero *no caprichosamente*, estará de alguna manera ligada al motivo de adoptarla. ¿Qué motivo fue ése? En general, fué la circunstancia, como él mismo nos lo va a decir.

1. EL QUEHACER VITAL Y LA CIRCUNSTANCIA

El quehacer que es «vivir» es siempre circunstancial, esto es, se realiza en la circunstancia (5). Pero con la circunstancia *en que, desde* la que se vive, se puede contar o no contar. Aun cuando no se la tenga en cuenta, el quehacer vital sigue siendo circunstancial. Pero contar con la circunstancia, hacerse cargo de ella, no significa sin más vivir en ella a la deriva, a merced de ella, aceptándola como es para que quede así. El vivir puede contar deliberadamente con la circunstancia, pero acaso para actuar contra ella y transformarla, cambiarla en otra.

«Contar con los demás—dice Ortega—supone percibir, si no muestra subordinación a ellos, por lo menos la mutua dependencia y coordinación en que con ellos vivimos [...] Este contar con el prójimo no

(5) Prescindamos del alcance teórico con que carga Ortega esta expresión. «Circunstancia» es lo mismo que «contorno», «circun-stancia». Está integrada, para Ortega, con un contenido que abarca desde lo más próximo «mi cuerpo y también mi alma» (V, 339) hasta lo más remoto, porque «en verdad nos rodea todo». I, 564.

implica necesariamente simpatía hacia él. Luchar con alguien, ¿no es una de las más claras formas en que demostramos que existe para nosotros? Nada se parece tanto al abrazo como el combate cuerpo a cuerpo» (III, 79).

El vivir humano entraña propósito, vocación decidida que ha de realizar en la circunstancia. La circunstancia, frente a ese propósito, polariza sus elementos integrantes en facilidades y dificultades (6). Vivir significará realizar el propósito en la circunstancia aprovechando lo que tiene de facilidad y venciendo lo que tiene de dificultad. Cuando lo que pretende el vivir es precisamente transformar por entero la circunstancia misma, ésta *comienza* presentándosele ya como una completa dificultad.

Mas aparte de esto, sin llegar a este extremo, como el vivir se realiza en la circunstancia y ésta es en su concretez inabordable, a cualquier propósito vital puede presentar mil facilidades o dificultades.

El éxito del quehacer vital implicará vencer las dificultades que la circunstancia le presenta a cada momento a lo largo de su marcha. De lo contrario resultará fallido, fracasado.

Pero no ha de pensarse que todos y cada uno de los elementos circunstanciales responden al propósito vital *declaradamente* como facilidades o dificultades. Los elementos de la circunstancia son innumerables y muchos de ellos son *insignificantes*, esto es, no significan nada especial en orden a la actuación vital concreta que en ellos acaso se ejerce. Por esto, el que un propósito vital o vocación personal se confiese deliberadamente circunstancial no quiere decir que se vaya a hacer cargo conscientemente de todos y cada uno de los elementos circunstanciales sino sólo de los (especialmente) significativos en orden al programa vital. Por lo menos, éstos son los que deberá tener presentes quien se disponga a interpretar auténticamente un programa vital determinado, como hacemos nosotros ahora con el de Ortega.

2. EL LECTOR, COMO CIRCUNSTANCIA INFLUYENTE EN EL PROPOSITO DE ORTEGA

El mismo Ortega ha proclamado que la circunstancia es un elemento esencialmente determinante de su obra literaria, o sea, algo con que

(6) Es una pura expresión extrema de Ortega, como tantas otras, y de suyo inadmisibles, que la circunstancia «no tiene un ser aparte e independiente de nosotros, sino que agota su consistencia en ser facilidad o dificultad». V, 339; cfr. V, 32.

ella (él en ella) expresa y voluntariamente cuenta y con que el crítico, por fuerza de la realidad de la obra que se dispone a enjuiciar, tiene que contar si quiere no errar en su juicio. «Yo soy yo y mi circunstancia—dice—. Esta expresión, que aparece en mi primer libro y que condensa en último volumen mi pensamiento filosófico, no significa sólo la doctrina que mi obra expone y propone, sino que mi obra es un caso ejecutivo de la misma doctrina. Mi obra es, por esencia y presencia, circunstancial. Esto es precisamente lo que el lema citado manifiesta» (VI, 347). «Nos encontramos como un poeta a quien se da un pie forzado. Este pie forzado es la circunstancia. Se vive siempre en una circunstancia única e ineludible. Ella es quien nos marca con un ideal perfil lo que hay que hacer. Esto es lo que he procurado yo en mi labor» (IV, 367).

¿Qué complicaciones puede traer la consideración de la «circunstancia» en el enjuiciamiento de la obra de Ortega?

Entre la circunstancia o contorno en que vivimos y el quehacer por el que se define nuestro vivir, nuestra vocación en la vida, existe un dinamismo de lucha, una interacción de mutua acometividad. «Nuestra vocación oprime la circunstancia, como ensayando realizarse en ésta. Pero ésta responde poniendo condiciones a la vocación» (VI, 350-351). Su vocación fué el pensamiento, el afán de claridad sobre las cosas. «Mi vocación era—dice interpretando su obra desde el otero del año 1932—el pensamiento, el afán de claridad sobre las cosas» (VI, 351); y a comunicar a los demás esa claridad consagró toda su vida. Veamos, en concreto, las condiciones, las limitaciones que pudo poner a su labor de comunicar a los demás la claridad sobre las cosas, la circunstancia en que hubo de realizar este propósito (7).

(7) ¡Atención a las fórmulas para precisar las ideas! Decir que la circunstancia condiciona la táctica literaria de Ortega en el sentido de que ella sea el motivo concreto de que el autor no dé las razones explícitas, no significa salirnos del supuesto en que nos movemos ahora: que Ortega no ha dado las comprobaciones explícitas porque no quiso. Se explica esto porque ese «no querer» mira a las ideas, no a la circunstancia. Esto es, pudo darlas *porque* las tuvo, pero no quiso; y no quiso, *porque* se lo prohibía la circunstancia. Esa «prohibición» no anulaba aquella voluntad o deliberación, sino al revés, es precisamente su motivo objetivo, con lo cual—como hemos insinuado más arriba—esa deliberación pierde el carácter de caprichosa y queda investida de un carácter racional moral, humano. Como quien dice: a pesar de tener las comprobaciones explícitas, Ortega no quiere decirlas porque, contando con, ateniéndose a, tomando en consideración la circunstancia, cree prudente no darlas. Se hacen necesarias estas aclaraciones porque fácilmente puede sustituirse un *quid pro quo*.

a) *La vida española, circunstancia determinante de su obra.*

Glosando Ortega su vocación, el afán de claridad sobre las cosas, dice: «Acaso este fervor congénito me hizo ver muy pronto que uno de los rasgos característicos de mi circunstancia española era la deficiencia de eso mismo que yo tenía que ser por íntima necesidad. Y desde luego se fundieron en mí la inclinación personal hacia el ejercicio pensativo y la convicción de que era ello, además, un servicio a mi país. Por eso toda mi obra y toda mi vida han sido servicio de España. Y esto es una verdad inmovible, aunque objetivamente resultase que yo no había servido de nada» (VI, 351).

Se encontró de pies en la vida española y la aceptó deliberadamente como circunstancia sobre la que iba a actuar. Los destinatarios de su obra vocacional (hablada o escrita) fueron los españoles (e hispano-americanos). «Hacia ese señorío de la luz sobre sí mismo y su contorno quería yo movilizar a mis compatriotas. Sólo en él tengo fe; sólo él realzará la calidad del español y le curará de ese sonambulismo dentro del cual va caminando siglos hace» (VI, 352-353). «He aceptado la circunstancia de mi nación y de mi tiempo. España padecía y padece un *déficit* de orden intelectual. Había perdido la destreza en el manejo de los conceptos que son—ni más ni menos—los instrumentos con que andamos entre las cosas. Era preciso enseñarla a enfrentarse con la realidad y transmutar ésta en pensamiento, con la menor pérdida posible. Se trata, pues, de algo más amplio que la ciencia. La ciencia es sólo una manifestación entre muchas de la capacidad humana para reaccionar intelectualmente ante lo real» (IV, 367).

Pero, por principio, esos destinatarios no podían ser sino los españoles que pudiesen oír o leer *inteligentemente* sus conferencias o escritos cuando los pronunciase o publicase. Si no los había, la primera labor que se le imponía era hacer que los hubiese.

Pues bien, desde estas lejanías o poco menos se cree obligado a comenzar, en su propósito de servicio intelectual a la vida española de principios del siglo XX hasta mediados de siglo. Por más claras que tuviese él para sí las ideas, en su opinión no podía presentarlas escuetas a las inteligencias españolas de entonces, porque hubiese sido inútil, más, contraproducente. La circunstancia española en que Ortega actuaba y *sobre* la que actuaba, aconsejaba, según él dijo, «ocultar la musculatura dialéctica de los pensamientos filosóficos tejiendo sobre ella una película con color de carne» (III, 271), y «sedu-

cir hacia los problemas filosóficos con medios líricos» (III, 270). La circunstancia española no daba para más; su potencia receptiva inmediata era limitadísima, como la capacidad trófica de un infante. Para que no se le digestase era preciso transformarle el alimento filosófico en papas literarias.

Con esto queda justificado, interpretado—según él—el sentido ensayístico de su obra literaria; en otras palabras, da por explicado por qué optó por eludir toda prueba explícita en sus escritos, sustituyéndola con la alusión predominantemente metafórica.

Mas como la presencia de una actuación sobre el vivir de un momento histórico ejerce más o menos influjo sobre ella misma, pasa a ser ya automáticamente un elemento circunstancial con que se verá obligada a contar la actuación en momentos posteriores. Y como acaece que la actuación de Ortega sobre el vivir español ha persistido medio siglo, ocurre no ser necesario que en todo momento esa actuación principie en la situación en que se encontraba el vivir en el primer momento de arranque, sino que la actuación posterior usufructúa los resultados de los anteriores.

Por esto una actuación de dominio intelectual sobre la vida durante medio siglo, como la de Ortega, puede ser considerada—si ha tenido eficacia—como una serie o cadena de actuaciones que parten de la situación en que quedó la vida bajo las anteriores. Esto quiere decir que en una tal situación se pueden señalar etapas o períodos.

b) *Etapas de su actuación sobre la vida española e influjos correlativos de ésta.*

Repasando las obras de Ortega se encuentra uno con dos pasajes que indudablemente son jalones que marcan momentos en que su espíritu gesticula heroicamente para iniciar otras tantas etapas en la exposición de su ruta intelectual, debido a los cambios—avances—operados en la circunstancia por su misma actuación anterior.

El primero de estos pasajes aparece como una especie de preámbulo al artículo publicado en *Revista de Occidente* en octubre de 1924, titulado *Ni vitalismo ni racionalismo* (8). En él justifica la modalidad de su producción literaria anterior y anuncia su propósito de cambiar de táctica literaria hacia una forma más propia del rigor

(8) Se encuentra Ortega, pues, a los 22 años del momento de mandar al público su primer artículo y a los 41 de edad.

mental y precisión característicos de la filosofía. Un grupo de lectores le permite y hasta le pide haga efectivo ese propósito. «No hay más remedio, dice, que irse acercando cada vez más a la filosofía—a la filosofía en el sentido más riguroso de la palabra—. Hasta ahora fué conveniente que los escritores españoles cultivadores de esta ciencia procurasen ocultar la musculatura dialéctica de sus pensamientos filosóficos tejiendo sobre ella una película con color de carne. Era menester seducir hacia los problemas filosóficos con medios líricos. La estratagema no ha sido estéril. Hoy existe en el mundo de habla española un amplio círculo de personas próximas ya a la filosofía. Es, pues, buen tiempo para dar el segundo paso y comenzar a hablar de filosofía filosóficamente... La filosofía sólo puede vivir respirando un aire que se llama rigor mental, precisión, abstracción. Pertenece a la fauna de grandes altitudes y necesita viento fino de sierras, un poco enrarecido y de gran sutileza. Nietzsche, encaramado en un picacho de la Engadina, con un abismo a sus pies, es sorprendido por la dama turista que le pregunta: ¿Qué hace usted ahí, señor profesor? A lo que responde: ¡Ya lo ve usted, señora, cazo pensamientos!» (III, 270).

Pero esta nueva manera de hablar que ve como una exigencia permanente de la filosofía, ha de realizarse paulatinamente, pues de lo contrario el lector a quien va dirigido el mensaje filosófico de su obra no podría digerirlo. Se ha de «comenzar a hablar de filosofía filosóficamente. Mas—añade—, por supuesto, con cautela, y pulgada a pulgada, debe entrarse en el nuevo terreno. Una larga experiencia de cátedra, tribuna e imprenta me han proporcionado una opinión bastante desfavorable sobre la capacidad filosófica de nuestros pueblos en la época presente» (III, 270).

Así termina lo que hemos dicho ser una especie de preámbulo del artículo titulado *Ni vitalismo ni racionalismo*. Y ese mismo artículo parece que es el que va a señalar el comienzo de la nueva época literaria anunciada. En él sale al paso brevemente—como él mismo dice—a una de esas confusiones o malas inteligencias con que suele interpretarse su puesto ideológico preciso entre el vitalismo y el racionalismo, y descubre al lector las múltiples significaciones que pueden tener esos vocablos, ofreciéndole el sentido concreto en que definen su actitud, para que no haya más vacilaciones. Y el estilo que adopta es directo, fuertemente inclinado a la forma rigurosamente didáctica. Parece como si a aquella antigua decisión de pros-

cribir el estilo de «remediavagos» (I, 318) le hubiese llegado el momento de ser revocada y sustituida por su contraria; como si aquel entusiasmo hacia «la pedagogía de la alusión, única pedagogía delicada y profunda» (I, 335) se hubiese apagado o hubiese que interpretarlo como una táctica pedagógica provisional, como el lema de la etapa primera de su obra, dedicada a preparar así a los lectores con el atractivo de los esplendores literarios, seduciéndolos hacia los problemas filosóficos con medios líricos, etapa que ahora habría llegado el momento oportuno de superar poniendo ante los ojos del lector la musculatura dialéctica de sus pensamientos filosóficos.

Mas, por el momento es la única muestra. Pasan los años y la producción orteguiana sigue lo mismo que antes; es, al parecer, mera continuación del período anterior. Al menos, si avanza algo en el sentido que enuncia el manifiesto programático que nos acaba de ofrecer, se trata de un avance exasperadamente imperceptible al observador que estas líneas escribe.

Pasan ocho años y llega el momento solemne de enunciar otra nueva etapa de su producción literaria. Es en 1932, y al final del prólogo que antepone a la edición de sus obras completas por Espasa-Calpe.

Volviendo la vista atrás, vuelve a definir su pasado entero de manera parecida a como nos lo definió en 1924. Intenta justificar su consagración al periódico acudiendo a la circunstancia española de entonces: La «propaganda de entusiasmo por la luz mental—el *lumen naturale*—había que hacerla en España según su circunstancia impusiera. En nuestro país, ni la cátedra ni el libro tenían eficiencia social. Nuestro pueblo no admite lo distanciado y solemne. Reina en él puramente lo cotidiano y vulgar. Las formas del aristocratismo 'aparte' han sido siempre estériles en esta península. Quien quiera crear algo—y toda creación es aristocracia—tiene que acertar a ser aristócrata en la plazuela. He aquí por qué, dócil a la circunstancia, he hecho que mi obra brote en la plazuela intelectual, que es el periódico» (VI, 353).

En otra ocasión, ese mismo año, dijo también: «Este ensayo de aprendizaje intelectual había que hacerlo allí donde estaba el español: en la charla amistosa, en el periódico, en la conferencia. Era preciso atraerle hacia la exactitud de la idea con la gracia del giro. En España, para persuadir es menester antes seducir» (IV, 367).

Hasta esa fecha, pues, de 1932, no se ha movido de la forma literaria antigua. El gesto de 1924 quedó en puro gesto vacío de efi-

cacia. Acaso «la superlativa insuficiencia de nuestra vida intelectual durante los últimos diez años» (VI, 353)—anteriores a 1932—, a que alude pocas líneas después, quiera ser una razón de por qué sus propósitos de 1924 quedaron en simples propósitos. Mas ahora se repite también la segunda parte de la escena. Continúa: «Pero entre tanto, el mundo ha caminado, la circunstancia se ha hecho otra. El tema de la vida tiene también que variar. Hasta ahora había consistido en trabajar, juntamente con otros, para poner el espíritu de España al nivel de la historia» (VI, 353). «Ahora el problema está más allá de nuestras fronteras y es preciso trasladar allí el esfuerzo. Sin pretenderlo, y aun contra mi voluntad, se han formado fuera de mi país núcleos de lectores que es preciso atender» (VI, 354).

Esto le obliga a hacer el propósito de escribir libros y anunciar, por ende, como otra nueva etapa en su vida literaria. «Para actuar sobre ellos—continúa—son menester armas de mayor calibre y alcance que artículos de periódico, aunque éstos son hoy en todas partes un instrumento esencial. Es, pues, lo más probable que mi labor futura consiste principalmente en forja de libros. Mas, por lo mismo, aprovecho la ocasión para decir a los que años y años censuraron mi solicitud periodística que no tenían razón. El artículo de periódico es hoy una forma imprescindible del espíritu, y quien pedantescamente lo desdeña no tiene la más remota idea de lo que está aconteciendo en los senos de la historia. Ahora me dan la razón fuera y se ponen a escribir artículos los que nunca lo hicieron. Pero esto no contradice que la nueva faena requiera ineludiblemente el libro, un tipo de libro que está más allá de los artículos de periódico, que ha aprendido de ellos, y no el libro pre-periodístico, que pertenece a un cierto pasado europeo, a la llamada Edad Contemporánea, hoy tan anacrónica, pero que no existió ni en nuestra Edad Media ni en la época barroca, la más gloriosa de Europa. Empieza, pues, nueva tarea. ¡Al mar otra vez, navecilla! ¡Comienza lo que Platón llama 'la segunda navegación'» (VI, 354).

¿Resultados? En sus líneas generales sigue la misma trayectoria literaria. Continúa la lírica y la táctica insinuatoria. No obstante, hay que reconocer que aparecen algunos estudios de mayor rigor expresivo y contenido más denso. La etapa podemos decir que se abre con el ensayo en que intenta definir su pensamiento frente a! de Dilthey, que titula: *Guillermo Dilthey y la idea de la vida* (1933). En 1934 aparece el opúsculo *Ideas y Creencias*; en 1935 el artículo

(en inglés) *Historia como sistema*; en 1939 la primera lección de un curso titulada *Ensimismamiento y alteración*, y en 1942 publica, bajo el título de *Esquemas de las crisis*, la mayoría de las lecciones de otro curso que dió en 1933; y aparece también el largo (41 págs.) *Prólogo* a la traducción española de la *Historia de la filosofía* de Emil Bréhier.

De entre todos estos estudios ya puede sacar el lector algo de su pensamiento de fondo, pero se queda con el convencimiento de que si este conjunto de producciones constituye una nueva etapa en la realización de su vocación de hacer claridad mental en los lectores españoles, no debe ser la etapa última y decisiva porque todavía no han aparecido los libros inequívocamente tales, ni ha hablado bastante de filosofía filosóficamente (9).

El mismo Ortega orienta insistentemente la atención de los lectores hacia esa etapa definitiva remitiendo con frecuencia a escritos mayores de próxima aparición. Pero el hecho es que Ortega, de edad avanzada, deja de escribir y esa que sería acaso una última etapa, no llega. Por lo menos, a la hora de su muerte no supe, ni a la que esto escribo sé que haya sido publicado todavía ninguno de ellos, por lo que la única esperanza que le pueda quedar al lector es verlos publicados como obras póstumas. No obstante sí nos ha adelantado algunos trozos aunque insignificantes.

La lección *Ensimismamiento y alteración* sospechoso debe ser como el prólogo a uno de los dos gruesos volúmenes que repetidamente ha prometido (10); y el opúsculo *Ideas y Creencias* es, más o me-

(9) En Julio de 1935 confesaba: «Se me tachaba de extranjerizante por haberme esforzado denodadamente en meter dentro del buche de España todo lo más sabroso que había por el mundo. (¡Y ahí está ya, amigos, para siempre y sin remedio!). Pero si alguien mira la miseria de mi obra no más que al trasluz, lo que ve es un hombre estremecido en torno a ciertos grandes temas españoles, danzando ante ellos en frenesí ritual, como David delante del arca. Nada español me es ajeno; todo forma parte de mí; mas, por lo mismo, tengo que amar y rendir culto a lo que está bien en España, que es muy poco, y odiar todo lo que está mal, que es el resto». V, 243.

(10) Se funda mi sospecha no sólo en la comparación del título del curso de que forma parte con el del libro a que me refiero, que resultan ser casi idénticos (*Seis lecciones sobre el hombre y la gente, y El hombre y la gente*), sino en la comparación de contenidos. En la lección encontramos: «Hablan los hombres hoy, a toda hora, de la ley y del derecho, del Estado, de la nación y de lo internacional, de la opinión pública y del Poder público, de la política buena y de la mala, de pacifismo y belicismo, de la patria y de la humanidad, de justicia e injusticia social, de colectivismo y capitalismo, de socialización y de liberalismo, de autoritarismo, de individuo y colectividad, etc., etc.» (V, 295). «Se habla, se habla de todas esas cuestiones, pero lo que sobre ellas se dice, carece de la claridad mínima» (V, 296). «Una de las desdichas mayores del tiempo es la aguda incongruencia entre la importancia que al presente tienen todas esas cuestiones y la tosquedad

nos, el primer capítulo a otro de esos volúmenes que llevaría por título: *Aurora de la razón histórica* (11).

Y esta es la última etapa significativa de su acción filosófico-literaria en la vida española (e hispano-americana). En adelante (desde 1942) nada particular añadirá a su obra filosófica.

De todos estos datos se deduce la siguiente conclusión: concedido que Ortega oprimió la circunstancia española de primeros de siglo con propósitos filosóficos, terminan por invertirse las funciones: después que ha caminado la circunstancia un trecho por la ruta filosófica debido al impulso inicial de Ortega, es aquélla la que impulsa a éste a que acelere la marcha, quien, no obstante sentir y confesar esta presión, va a remolque de ella y, a pesar de sus propósitos, no la sigue sino a paso retardado. ¿Por qué? He aquí que la persistencia del ensayismo orteguiano en la circunstancia española a la altura del año 1924 o al menos del 1932, desborda la interpretación que él mismo nos dió acudiendo a las limitaciones que le imponía ese elemento circunstancial.

Veamos otros elementos circunstanciales significativos.

c) *La tendencia ensayista de la época, influyente en el decir orteguiano*

Hay algunos otros textos que permiten dar como un segundo paso en la interpretación del ensayo orteguiano, esto es, en la explicación de su *persistencia* a pesar del cese de su motivación por parte de la circunstancia española. Inmediatamente después de darnos la curiosa definición de sus ensayos, justifica ante el lector esa modalidad literaria acudiendo como a un ejemplo digno de seguirse a la conducta de la época actual, aun en el terreno científico. «Aun los libros de in-

y confusión de los conceptos sobre las mismas que esos vocablos representan. Noten ustedes que todas esas ideas—ley, Estado, internacionalidad, colectividad, autoridad, libertad, justicia social, etc.—, cuando no lo ostentan ya en su expresión, implican siempre, como su ingrediente esencial, la idea de lo social, de sociedad. Si ésta no está clara, todas esas palabras no significan lo que pretende, y son meros aspavientos. Ahora bien; confesémoslo o no, todos, en nuestro fondo insoborable, tenemos la conciencia de no poseer, sobre esas cuestiones, sino alocuciones vagarosas, imprecisas, necias o turbias. Pues, por desgracia, la tosquedad y confusión respecto a material, no existe sólo en el vulgo, sino también en los hombres de ciencia, hasta el punto de que no es posible dirigir al profano hacia ninguna publicación donde pueda, de verdad, rectificar y pulir sus conceptos sociológicos» V, 266; cfr. 315. Este contenido es el que promete dar en su libro *El hombre y la gente*.

(11) «En vista de ello [de que no se sabe cuándo los podrá concluir]... me he resuelto a publicar el primer capítulo del primero de los libros nombrados, bien que en su redacción más primitiva». V, 379.

tención exclusivamente científica—dice—comienzan a escribirse en estilo menos didáctico y de remediavagos: se suprime en lo posible las notas al pie, y el rígido aparato mecánico de la prueba es disuelto en una alocución más orgánica, movida y personal» (12).

Seguramente que al hacer esa alusión general a la conducta de los escritores científicos de la época no estaba muy lejos de pensar lo que expresó en otro lugar al enjuiciar el libro de Menéndez Pidal: *Orígenes del español*: «Para someter a tratamiento ese botín léxico, el autor acumula toneladas de saber medievalista. La abundancia es tal que, para ser sincero, yo tendría que juzgarla excesiva y hacer notar que deforma la arquitectura del libro. (Es preciso que los hombres de ciencia vuelvan a caer en la cuenta de que escriben libros. Los mismos alemanes, que causaron originariamente el daño, comienzan a arrepentirse. Un libro de ciencia tiene que ser de ciencia; pero también tiene que ser un libro)» (III, 516).

En las líneas que encabezan el primer número de su *Revista de Occidente* y declaran sus propósitos, dice que va dirigida a las «personas que se complacen en una gozosa y serena contemplación de las ideas y del arte. Asimismo les interesa recibir de cuando en cuando noticias claras y meditadas de lo que se siente, se hace y se padece en el mundo: ni el relato inerte de los hechos, ni la interpretación superficial y apasionada que el periódico les ofrece, concuerdan con su deseo... La *Revista de Occidente* quisiera ponerse al servicio de ese estado de espíritu característico de nuestra época. Por esta razón, ni es un repertorio meramente literario ni ceñudamente científico» (VI, 313-314).

Opta, pues, por no dar las pruebas explícitas, convencido de que no traiciona las preferencias de la época. Por tanto, a la pregunta sobre por qué se decidió a escribir en estilo ensayista, podría contestar: porque hasta cierto punto es una tendencia de la época. Tiene su estilo, pues, desde este punto de vista, un cierto sentido de condescendencia con la circunstancia estilística de la época en que escribe, la cual le invita a preferir ese modo de expresión. Se trata de una delicada invitación, que es recibida como imperativo por quien desea tengan sus escritos la mayor eficacia en la vida ambiente.

Consideraciones de esta índole podrían quizá hacer en gran parte comprensible la anomalía que ya apuntamos en el párrafo anterior:

(12) «Con mayor razón habrá de hacerse así en ensayos de este género [de las *Meditaciones del Quijote*], donde las doctrinas bien que convicciones científicas para el autor, no pretenden ser recibidas por el lector como verdades». I, 318.

el no haberse decidido a dar el segundo paso de su vida literaria, consistente en «comenzar a hablar de filosofía filosóficamente», a pesar de que en 1924 reconoció haber llegado ya el buen tiempo para ello. Acaso esto quería decir nada más que *las mentes* españolas—la selección representativa, se entiende—entonces ya no impedían que se hablase con esa rigurosidad de expresión, por hallarse muy próximas a la filosofía, rayanas al nivel del resto de Europa, tocando con sus hombros «el coluro de la actualidad histórica» (VI, 353), por más que acaso tuviesen que pasar todavía algunos años para que alcanzasen esa altura de modo estable y natural, sin esfuerzo o tensión muscular. Acaso, pues, no hubiese ya en aquel momento inconveniente alguno por parte de *las mentes* de los lectores españoles para hablar de filosofía filosóficamente, pero se oponían a ello *las preferencias literarias* de la época.

Creo que Ortega no me desmentiría esta interpretación de sus escritos ensayísticos posteriores al año 1924. No obstante queda por aclarar el sentido íntimo de la tendencia literaria ensayística de la época. Y parece que Ortega alude a él cuando dice que el no dar las pruebas explícitas sino limitarse a indicarlas en elipsis obedece a la delicada consideración siguiente: «que quien las necesite pueda encontrarlas y no estorben, por otra parte, la expansión del íntimo calor con que los pensamientos fueron pensados» (I, 318). Mas para poder apreciar justamente el punto exacto hasta dónde llega la condescendencia orteguiana con el estilo de pensamiento de la época es preciso no olvidar el juicio que da de él en una ocasión (Supongamos que es posible articular ese juicio con otros muchos que parecen delatar en Ortega un espíritu irreductible al que este texto manifiesta): «El gran estilo de pensamiento se ha perdido hace mucho tiempo en Europa y ha quedado recluso en algún que otro físico. Hablamos, prosificamos abundantemente, necesitamos páginas y páginas para ocultar nuestra miseria dialéctica, nuestra falta de músculo enjuto, breve y elástico que da el golpe certero de la prueba. Yo no he conocido personalmente a nadie en mi tiempo que posea este sobrio vigor de la auténtica eficacia racional. Sólo he sabido de uno sin que deba a nadie haberlo descubierto» (III, 432). Este, como dice a continuación, es Brentano, «un sabio de fauna antigua para quien pensar no era escribir, sino forjar y buir los tres, los cuatro, los cinco argumentos que cada problema exige» (III, 432), «un sabio de estilo antiguo» (III, 433), para quien «la filosofía no era un menester literario. No le urgía escribir páginas y páginas, sino escribir definiciones y

argumentos» (VI, 338). Para encontrar el que le antecede inmediatamente hay que ir hasta antes de Kant, hasta topar con el gran Leibniz. cfr. VI, 338 ; III, 431-432.

Pero éstos no son los únicos motivos del silenciamiento de las comprobaciones explícitas. En las páginas orteguianas se encuentran otros pensamientos que pueden adoptarse a favor de ese silenciamiento voluntario, como veremos a continuación.

3. EL SILENCIO COMO PRESERVACION DEL SABER NACIENTE CONTRA LAS REACCIONES DE LA CIRCUNSTANCIA

Es un hecho constante la reacción que el saber nuevo provoca contra sí por unos u otros motivos en el medio ambiente en que aparece. Esto justifica la hermetización, el silencio con que el nuevo saber suele insinuarse en la historia de los saberes. «Todo nace—dice Ortega—en la oscuridad y en el misterio. Es ilusorio pensar que la génesis comienza con la luz sobre ella. Lo último que sobre algo se hace es la luz. Es la obra del sábado. Tan cierto resulta que todo nacimiento es misterioso y mudo, que el saber mismo, mientras nace, no habla. De aquí que en la etapa inicial de las ciencias parezcan éstas un tesoro secreto que es forzoso callar. Todo conocimiento vive una primera época de esoterismo: es un misterio. Es *tabú*. En la misma Grecia, tan genialmente indiscreta y decidora, que en el *Logos* ha divinizado el *Decir*, la metafísica y la filosofía—Pitagóricos, Platón, Aristóteles — comienzan como sabidurías herméticas...» (II, 629).

Ahora bien; como veremos más adelante, el saber orteguiano se presenta como una novedad, como una originalidad. ¿No podría, pues, aducirse eso como justificante de la decisión de borrar de sus páginas toda razón explícita?

«El saber germinante se reviste de misterio, hasta el punto de que, viceversa, donde topamos gestos y signos misteriosos sospechamos generosamente la ocultación de algún gran saber. De aquí que durante veintiséis siglos se haya atribuído a Egipto la mayor sapiencia, no más que por ser su escritura la más misteriosa. Pero si el recién nacido exige este abrigo de la hermetización y este amparo del silencio, no pasa lo mismo cuando se hace adulto. Al contrario: hay una hora en la evolución de un conocimiento en que éste tiende al grito, necesita la expansión y la comunicación. Es que ha llegado a ser

'ciencia'. La ciencia se pasa la vida voceando su incesante '¡Eureka!'. No puede, no sabe, no quiere contenerse» (II, 630).

¿No podría pensarse que la supuesta decisión de Ortega de no descubrir las bases de su pensamiento fuese debida a querer defenderlo de la incomprensión en que inexorablemente era previsible iba a padecer por parte del medio ambiente? Creo que esta sospecha no deja de tener su valor subinterpretativo de la supuesta decisión orteguiana.

4. ENSAYISMO LITERARIO Y PRISA DE LA VIDA

Otro apunte interpretativo que trasciende a todos los que hemos dado por la generalidad de visión que ofrece, pero que sobreponiéndose a ellos no los niega, es el de la prisa de la vida. Podría resumirse así: renunció Ortega a escribir verdaderos tratados en que estudiase los temas filosóficos *per longum, latum et profundum*, esclareciendo hasta sus posiciones básicas, en consideración al *tempo* del vivir que no va al compás de la pluma ocupada en esos menesteres sino mucho más de prisa. Ahora bien, los imperativos de la vida son los supremos. Es, pues, humano que la pluma vaya al compás del corazón y no éste al compás de la pluma. En nombre de la prisa de la vida, de la urgencia del vivir, que reclama urgentemente las soluciones que le sirvan de orientación, renuncia él al «mamotreto» (13) y opta por el «claro y sobrio repertorio de soluciones vitales» (V, 161).

Cierto que, al parecer, la consideración general de la prisa del vivir no excluye necesariamente el estudio de las últimas razones o nociones básicas. El mismo Ortega, hablando de los temas fundamentales en el terreno humano-social, dice: «Es preciso que el pensamiento europeo proporcione sobre todos estos temas nueva claridad. Para ello está ahí, no para hacer la rueda de pavo real en las reuniones académicas. Y es preciso que lo haga pronto» (IV, 131. Cfr. V, 315). Mas a mí se me hace muy difícil que quepa la claridad que reclama para esos temas en algo que no sea una especie de mamotreto (14). De hecho, tres años después, da un poco festivamente

(13) «El vocablo viene de esta época [s. XV]. Mamotreto no es sino *Mammotreclus*, el nombre de un voluminoso comentario gramatical que pesó sobre la mocedad de los mejores hombres del XV. Erasmo conservó un odio intangible contra él y en sus diálogos y epístolas amontona burlas y sarcasmos asegurándole un desprestigio inmortal». V, 161.

(14) «La verdad sólo puede existir bajo la figura de un sistema. De aquí la enorme dificultad que encuentra lo verdadero para resplandecer en un artículo o discurso parlamentario». I, 440. «Toda opinión es larga de expresar». II, 17.

al apelativo de «grandes mamotretos» (V, 379) a los dos libros en que promete estudiar concienzudamente esos temas básicos que constituyen las últimas razones de sus juicios ordinarios.

Pero, por lo visto, la vida, con sus prisas y premuras le urgió a Ortega con más apremio, de modo que, por su parte, se creía obligado a ir en vanguardia, a caminar al paso de los que en la caravana de la vida abrían la marcha. Hablando en directo: consideraba como una responsabilidad vocacional suya atender a la vida en sus vicisitudes en cada momento más urgente, veía consistir su misión vital en «ir salvando la situación» (15)—como suele decirse—, o mejor: las situaciones vitales por que pasaba. Esto le obligaba a dejar truncado (16) o siempre para más adelante lo que requería un ritmo más lento que el latir vital de cada situación concreta, lo que pedía ausencia de prisas, de precipitada inminencia. Ladea todo esto y se consagra en alma y cuerpo a ventilar en lo posible los problemas *urgentísimos* de la vida, los «problemas actuales», no pocas veces equivalentes a «problemas de temporada».

Esa regulación taquicárdica de la pluma era, sin duda, la que le dictó la siguiente confesión con que intenta justificar el lanzarse a publicar las páginas robinsonianas de su *España invertebrada*, sin aguardar a construir un libro serio: «...El hombre no puede esperar. La vida es todo lo contrario de las Kalendas griegas. La vida es prisa. Yo necesitaba sin remisión ni demora aclararme un poco el rum-

(15) «ir salvando...» Justamente, se creía obligado a proporcionar «salvaciones» cfr. «Salvaciones». Con esta palabra de sabor humanista del XVII quiere significar Ortega una cosa muy seria. Esto: «Mientras yo no sepa lo que es el universo, mi vida no tiene sentido, porque es ella una mínima palabra y fragmento de una frase enorme, cósmica, que sólo en su integridad posee significación. Esa posibilidad de complementarnos, averiguando lo que es el resto del mundo, es la 'salvación'» (III, 540). Pero a juzgar por su obra parece que tiende uno a interpretar sus averiguaciones como soluciones clínicas, recetas vitales de inmediata y pasajera eficacia, como las enfermedades por que la vida iba pasando y que intentaban remediar. Nunca llegó a salvar los problemas de la vida del todo, radicalmente.

(16) Dice Fernando Vela a este propósito en una entrevista (Prólogo-conversación al volumen: *Goethe desde dentro*. Obras Completas de Ortega, IV, 383) con el autor: «Ortega, que ha sido el mayor suscitador de temas, también es el que ha asesinado más». He aquí la lista de las obras truncadas:

- 1) *Meditaciones del Quijote*. Sólo hay la preliminar y la primera.
- 2) *Sobre el punto de vista en las artes*. «Lo publicado es sólo el primer capítulo» (dedicado a la pintura). IV, 387.
- 3) *Estudios sobre el amor*. «Ahora se ha publicado en Alemania, pero yo no quisiera darlo aquí hasta que no pueda escribir las otras 150 páginas que faltan». (IV, 393). Tiene va 150 páginas.
- 4) *Guillermo Dilthey y la idea de la vida*. Es una mínima parte de lo que se propuso el autor en un principio como aparece por los siguientes pasajes: «Dilthey, que en sus escritos de filosofía propiamente tal, usa, como veremos, una elocu-

bo de mi país, a fin de evitar en mi conducta, por lo menos, las grandes estupideces. Alguien, en pleno desierto, se siente enfermo, desesperadamente enfermo. ¿Qué hará? No sabe medicina, no sabe casi nada de nada. Es sencillamente un pobre hombre, a quien la vida se le escapa. ¿Qué hará? Escribe estas páginas, que ofrece ahora en cuarta edición a todo el que tenga la insólita capacidad de sentirse, en plena salud, agonizante, y, por lo mismo, dispuesto siempre a renacer» (III, 45).

«Esa consideración del cinematismo de la vida es la que en *La Rebelión de las masas* también le movió, según dice—haciéndose violencia—al duro ascetismo de abstenerse de expresar sus convicciones sobre cuanto toca de paso, más aún: a presentar con frecuencia las cosas en forma que si era la más favorable para aclarar el tema exclusivo de aquel estudio—la anomalía representada por el hombre-masa—, era la peor para dejar ver su opinión sobre esas cosas (las nociones básicas de sociedad, individuo, colectividad, Estado, uso, derecho, etc.). Pero «urgía aislar crudamente sus síntomas» (IV, 139).

En resumen: la prisa de la vida es una realidad más con que pretende justificar la autointerpretación de su ensayismo: que su no decir equivale a callar, a no decir lo que podría en absoluto decir porque se lo piensa.

5. LA VERDAD SABIDA Y SU INTERES VITAL

Haciendo el elogio de la «pedagogía de la alusión» descuelga Ortega de su pluma unas frases que quieren ser, a mi modo de ver,

ción etérea y difícilmente captable...» (VI, 172). No ha llegado a verse, me parece. «Hay, pues, que hacerla inteligible mostrando sus raíces, de una parte, en la coyuntura de la época donde tuvo que vivir y pensar; de otra, en las condiciones de su persona y estilo—estilo intelectual y estilo de expresión» (VI, 176). Sólo se puede considerar por hecha la primera parte. «En el capítulo que dedico expresamente a la interpretación del proceso concreto acaecido en la historia humana, según Dilthey, desplegaré y haré patente todo lo que en esta superlativa abreviatura va comprimido» (VI, 207). No lo ha hecho. «...cualidades de estilo que comentaré en el capítulo siguiente» (VI, 201, nota). No apareció. «Estamos en la expresión primaria del pensamiento de Dilthey. Conviene, antes de estudiar uno a uno los grupos de problemas que esta filosofía plantea, exponer a continuación la forma que en la segunda etapa de su evolución personal dió a esa misma idea eje de toda su obra» (VI, 195). Pero con esta exposición termina el opúsculo. Aquellos grupos de problemas se quedaron sin estudiar. Seguramente que el denominar «libro» (VI, 175, 207 nota) a este opúsculo fué debido a que pensaba en el conjunto de todo lo que quería hacer.

5) *Salvaciones*. Sólo hizo las de Baroja (*El Espectador*, I), y las de Azorín (*El Espectador*, II). *Tierras de Castilla* (*El Espectador*, I), es sólo el primer capítulo.

como una nueva justificación del sentido general que dió a sus ensayos.

Dice : «Las verdades, una vez sabidas, adquieren una costra utilitaria ; no nos interesan ya como verdades, sino como recetas útiles. Esa pura iluminación subitánea que caracteriza a la verdad, tiénela ésta sólo en el instante de su descubrimiento» (17). Con estas cláusulas viene a justificar, al parecer, lo que dice inmediatamente antes, como si se expresase así : «Quien quiera enseñarnos una verdad que no nos la diga : simplemente que aluda a ella con un breve gesto, gesto que inicie en el aire una ideal trayectoria, deslizándonos por la cual lleguemos nosotros mismos hasta los pies de la nueva verdad» (I, 335), que nos deje a nosotros descubrirla, que nos permita gozar de los momentos deliciosos de buscarla, *porque* «las verdades, una vez sabidas...» etc. ; el momento del encuentro marca el final de la delicia vital.

Aquí no se trata sólo de verdades nuevas en el mundo, de descubrimientos de un saber naciente, sino de cualquier verdad con que uno se encuentra, que es nueva para él. No se trata de dejar las verdades en el misterio, en el secreto, por el temor a los inconvenientes desagradables de las reacciones inconsideradas, disciplentes, interesadas, que puede provocar en la circunstancia concreta en que ha de aparecer, sino que se trata de ocultarlas para gozar en descubrirlas. Es una peculiar actitud ante la verdad, tomada en consideración a los intereses vitales.

Es, pues, un imperativo pedagógico de la vida el no presentar la verdad descarada ; y los imperativos vitales son los supremos. Quien quiera, pues, cumplir con el deber de ser fiel a la vida debe tener en consideración este imperativo, contar con él.

Este es una especie de pretendido fundamento que, al ser falso, no puede sostener la interpretación que sobre él pretenda levantarse, como hay indicios de pretenderlo Ortega. Podría detenerme a demostrar la inconsistencia de ese pretendido fundamento demostrando su

(17) I, 335-336. La frase citada, en realidad, no tiene conexión *literal* con lo que inmediatamente le antecede, por medio de partícula ilativa alguna. Pero si no tiene la función de justificar o dar razón de lo que dice inmediatamente antes (la pedagogía de la alusión), no veo qué función pueda tener. No veo otro modo de conectar las ideas de ambos textos que mediante un «porque...» o partícula similar. Esta aparición se corrobora textualmente si se advierte que al cerrar el punto y aparte después de cuatro líneas más, vuelve a repetir casi literalmente la misma idea que puso antes : «quien quiera enseñarnos una verdad, que nos sitúe de modo que la descubramos nosotros» I, 336.

falta de verdad, pero no tengo ninguna necesidad de ello porque, como constará por las páginas siguientes, el ensayismo orteguiano no radica *en definitiva* en este fundamento, entrañe en sí mismo verdad o no, como en ninguno de los anteriores con que Ortega pretende consolidar la interpretación de su ensayismo en el sentido de que no manifiesta clara y decididamente los últimos fundamentos o comprobaciones de sus apreciaciones filosóficas no obstante tenerlas claras para sí.

* * *

Con esto considero terminada la exposición de los motivos que, según confesión del propio Ortega más o menos explícita, influyeron en su espíritu a decidirse a callar (a no decir pudiendo hacerlo) las comprobaciones explícitas que poseía.

Puesto que son motivos de la voluntariedad o deliberación libre de esa decisión, ha actuado ésta como un supuesto desde el que partíamos, fundados en la explícita confesión del autor. Pero ha llegado la hora de decir que encontramos motivos para dar un paso atrás en actitud severa y examinar si aquella confesión tiene la suficiente autoridad para ser aceptada y, por tanto, si aquella suposición responde a una realidad o no.

B.—INTERPRETACIONES DESDE FUERA DE LA AUTO- INTERPRETACION ORTEGUIANA

Después de haber expuesto los motivos en que Ortega intenta apoyar el sentido peculiar que dice tener su ensayismo, voy a exponer el sentido real que creo tiene, aparte de las consecuencias que ello pueda traer en orden a la interpretación orteguiana. Estas consecuencias se pueden reducir a una sola: su insuficiencia. La interpretación que hemos expuesto como de Ortega no es suficiente, definitiva, última. Hasta en la interpretación de su propio ensayismo se quedó a la mitad, sin decir sus últimas razones (aunque esta vez «callándolas»). El sentido definitivo que pudieran tener a los ojos del lector incauto las razones aducidas por Ortega, irá desvaneciéndose por otras que ahora expondremos, las cuales nos llevan a interpretar su ensayismo en un sentido opuesto al que él nos ha dado.

Es una cosa seria, efectivamente, el disponerse a interpretar a un autor al margen y, hasta cierto punto, en contra de la interpretación

expresa que el autor hace de sí mismo ; pero a veces, como en el caso presente, hay suficientes motivos para ello. ¿Qué motivos hay en el caso presente? Las razones positivas que damos a favor de nuestras interpretaciones al margen de las que él aduce a su favor. Pero ocurre que aun antes de dar esas razones a nuestro favor, ya podemos dar otras que ponen de manifiesto el espíritu sofístico que tiene el texto en que manifiesta el sentido especial que atribuye a su ensayismo.

1. EL ESPIRITU DE LA LETRA ORTEGUIANA

a) *Carácter sofístico del texto orteguiano en cuestión.*

El sofisma comienza a insinuarse ya en el modo ingenioso de definir el ensayo en general: «La ciencia, menos la prueba explícita». ¿Qué significa eso?

Si consideramos esa frase aisladamente de lo que dice a continuación, encontramos que, como el «ensayo» puede tomarse en los sentidos de *modo mental* y *modo literario*, según advertimos ya antes (18), esa frase puede referirse al ensayo tomado en uno u otro sentido.

Sin embargo, teniendo en cuenta el contexto, parece que no cabe la menor duda de que Ortega habla del ensayo en el segundo sentido, pues viene hablando de su opúsculo *Meditaciones del Quijote* e inmediatamente antes dice: «Yo agradecería al lector que no entrara en su lectura con demasiadas exigencias. No son filosofía, que es ciencia. Son simplemente ensayos. Y el ensayo es, etc.» (19).

Pero, según dijimos al principio, la forma literaria que es el ensayo, es exposición de pensamientos ; y según la clase de pensamientos que exprese puede encerrar dos sentidos, que es sumamente importante discernir también aquí. Puede ser exposición de un con-

(18) Véase al principio, donde tratamos de las interpretaciones preliminares.

(19) I, 318. Esto supuesto, creo que existe una incongruencia de expresiones en el texto orteguiano, al decir que el ensayo, como medio literario, es la ciencia. Esta frase, tomados los términos en todo su rigor, no tiene sentido. Si el ensayo es una *forma literaria*, no puede ser nunca la ciencia, que es una *forma mental* y no literaria. También es una incongruencia el restar de la ciencia las pruebas explícitas, pues el calificativo de «explícitas» no le conviene a la ciencia en cuanto tal, sino a la exposición científica. El ensayo, pues, estrictamente hablando, no es nunca la ciencia menos la prueba explícita. Lo que sí puede ser es la exposición de la ciencia menos la prueba explícita. «Puede ser» esto, pero no sólo esto sino otra cosa. ¿Qué cosa? Lo que decimos en el segundo miembro de la división que hacemos en el texto.

junto de pensamientos sobre una materia dotados de un carácter científico, por estar fundados en pruebas demostrativas; o exposición de un conjunto de pensamientos que sólo tienen el valor de simples opiniones (20). En ambos casos *no se expone* la materia con la rigidez de una exposición científica, o, si se quiere, en ninguno de los dos casos se da la prueba explícita, como dice Ortega. Pero este hecho no tiene el mismo alcance o significado en uno y otro caso, como fácilmente se comprende. En el primero no se expone porque no se quiere; entiéndase, porque no se quiere dar la prueba que se tiene (21); en el segundo, porque no se puede, debido a que no se posee mentalmente la prueba.

Cuando Ortega dice que el ensayo literario es «la ciencia, menos la prueba explícita», ¿a cuál de las dos modalidades se refiere? Si volvemos a tomar esa fórmula aisladamente del contexto y con toda escrupulosidad, no se inclina a ninguna de las dos. Al menos, puesto el autor a defenderse, podría llevarle muy lejos la sutileza en la defensa de su neutralismo. Por esto, para ahorrarle a él—o al lector en su nombre—esa sutileza, me adelanto a obsequiársela yo.

Esa fórmula es una definición por resta. Veamos el valor que tiene esa resta. Acudamos al ejemplo. Un duro es un millón de pesetas menos la siguiente cantidad: 999.995 pesetas.

En este ejemplo, el duro no se resta *literalmente* del millón. Lo que se resta del millón es lo otro que no es el duro, pues a ello afecta el «menos». La noción de duro, según esto, es resultado de la resta que se ha efectuado en el millón, de lo demás que no es el duro.

Ahora bien, de que *la noción* de una cosa pueda conseguirse *conociéndola* como resultado de una resta de otra, no se sigue que esa cosa en sí misma, en su realidad, encierre el carácter de sustracción o resta de otra. El duro se ha definido por resta del millón de pesetas y, por tanto, *conceptualmente* el millón *precede* al duro como el minuendo ha de preceder necesariamente al sustraendo y al resultado de la resta. Mas esto no obstante, el duro no es necesariamente *parte* del millón, de modo que no pueda uno tener un duro si no es cortado en rebanada del millón. Nada de eso: puede uno muy bien—es cosa de sobra sabida—sacar un duro del bolsillo sin que tenga que supo-

(20) En otras palabras: el «ensayo-forma literaria» puede exponer pensamientos que son ciencia; o pensamientos que son a su vez «ensayo-forma mental».

(21) O porque no se puede, pero fundándose esta imposibilidad, no en la carencia de la prueba explícita de la verdad de los pensamientos que se tienen, sino en otros motivos ajenos a las pruebas mismas, como los que ya expusimos antes.

nerse necesariamente que queda allá escondido, implícito, el resto de un millón. Con el mero hecho de sacar un duro del bolsillo nadie es capaz de probar que es millonario, ni siquiera que lo ha sido. ¡Buenos estaríamos! Puede no tener nada que ver el duro con el millón —es lo que ocurre cada día—. Mas el millón siempre tiene que ver con el duro, como la suma con sus sumandos.

Volvamos ahora a Ortega. Cuando dice que el ensayo es «la ciencia menos la prueba explícita», cabe interpretar que el ensayo literario es parte de la exposición científica, dado que la prueba explícita es parte de ella, en cuyo caso se da por supuesto que la parte que no se dice se borra o calla, esto es, no se dice a pesar de pensarla; o también, que es la exposición de pensamientos que no llegan a ciencia, cuya exposición, por tanto, ha de quedar necesariamente en un plano inferior a aquel en que se puede presentar la exposición científica.

Todo esto puede significar, digo, la frase orteguiana aisladamente del contexto. Pero es necesario examinar éste para saber qué es lo que significa en concreto, esto es, qué es lo que Ortega intenta significar con ella.

* * *

En el punto que sigue inmediatamente, interpreta Ortega la ausencia de la prueba explícita como silenciamiento voluntario, no como una omisión forzosa debida a carecer mentalmente de la prueba explícita que se omite. Esto, indudablemente, reobra sobre la definición de ensayo literario que dió inmediatamente antes. *Ipsa facto*, la indiferencia que aquélla podía tener aisladamente, queda anulada por este contexto. En concreto, pues, *lo que piensa* Ortega, o mejor, lo que Ortega *intenta que piense el lector* cuando lee en sus páginas aquella definición del ensayo literario: «la ciencia, menos la prueba explícita», es que esta resta no es obligada sino libre, en el sentido de no dar la prueba que se tiene, como quien da un duro y se queda con el resto de un millón en el bolsillo.

La noción de ensayo literario queda, pues, unilateralizada. La otra forma queda relegada, abandonada, sin mentarla siquiera. De modo que al lector inexperto que se desliza sobre las líneas de ese pasaje, aparece esa definición del ensayo *interpretada ya* en ese sentido cuasi si fuese el único. En este silenciamiento tiene su punto de arranque lo que terminará por ser un bien amañado sofisma.

Funda su interpretación en el «honor intelectual» del autor, que no le permite escribir nada susceptible de prueba sin poseer antes ésta.

Este es el primer principio interpretativo de Ortega en este caso. Gran delicadeza muestra con el escritor. No voy a hacerme el sueco diciendo que no entiendo qué puede significar Ortega con eso de «honor intelectual». Voy a decir que entiendo por ello la cualidad que impulsa al escritor a no escribir las doctrinas con mayor seguridad con que las piensa. Pero veo que este recurso al «honor intelectual» del escritor no pasa de ser un bello, gracioso y simpático pero ineficaz recurso. Su ineficacia queda patente con estos inconvenientes: 1) la dificultad que existe en determinar en concreto, por razones extrínsecas a sus escritos, si a un escritor desconocido se le ha de reconocer honorabilidad intelectual o no (22); 2) la ineficacia que tiene el acudir al honor intelectual para probar que el no dar el ensayo literario la prueba explícita se debe a que el escritor así dotado calla la que tiene. Efectivamente, el honor intelectual queda a salvo posea o no posea la razón que no da (23). Y de esto se trata, de explicar ese hecho negativo. ¿Qué se le va a hacer al escritor si no posee las pruebas que no da y tampoco se arroga el poseerlas? ¿Sufre por eso mengua alguna su honor intelectual? No, señor. Lo que pasará en este caso será que la definición orteguiana del ensayo literario tendrá el sentido que él omitió hacer patente.

Pero quizá haya quien crea que se debe entender el «honor intelectual» como equivalente a posesión de la ciencia por quien escribe. En este caso, o me vería obligado yo a suponer sin más requisitos que en todo escritor, por el simple hecho de serlo, habita la ciencia y escribe en su nombre, o de lo contrario tendría que asegurarme quien tal defendiese que aquel de quien se habla en cada caso concreto tiene honor intelectual, esto es, posee la ciencia que dice borrar de sus escritos. Optar por el primer miembro de la disyuntiva es absurdo, o si se quiere ingenuo. Y por lo que hace al segundo, Ortega no logra convencerme a mí al menos—a no ser en muy contados casos—de que cuando se excusa de dar las pruebas explícitas en sus exposiciones no se debe a que no las tiene muy explícitas en su mente, al menos en todo el alcance que exigiría la cuestión para quedar meridianamente clara. No logra tampoco, por consiguiente, convencerme de que el sentido general de sus ensayos es el que en el pasaje en cuestión nos propone.

(22) ¿O es que en la frase que analizamos quiere decir Ortega que todo escritor, por el hecho de serlo, escribe al dictado de la honorabilidad intelectual? Parece que sería demasiado suponer.

(23) Lo que quedará o no quedará a salvo será su «saber», que creo yo no es lo mismo que honor intelectual.

Y no sólo a mí sino a nadie que repiense por cuenta propia lo que Ortega dice creo que convenza su argumento. De modo que tanto darle contra el «magister dixit», contra el argumento de autoridad, contra la servidumbre intelectual, y ahora vamos a tener que dejarnos convencer simplemente porque a Ortega se le haya ocurrido el gracioso argumento de la lealtad, de la seriedad intelectual...

* * *

No obstante, ese argumento de Ortega es un hecho. Y habiendo preparado, con él el terreno, ya puede Ortega presentar en el punto siguiente al escritor usufructuando con gran discreción y buen sentido el capital científico que le ha dado con aquella interpretación gratuita. Ya está preparado también convenientemente el lector para que no se extrañe de que se atribuya al escritor, equipado mentalmente con las pruebas, el poder de callarlas, «borrar de su obra toda apariencia apodíctica», según se lo dicten los intereses pedagógicos. Y con ello ya está redondeado el sofisma. Ha ocultado primero lo que le convenía, y automáticamente ha generalizado una posible interpretación general del estilo ensayista, como si fuese la única. Y todo esto en vistas a la interpretación del caso particular que son sus ensayos, los cuales, con esos antecedentes, no pueden menos de ser interpretados en el sentido de que la ausencia de pruebas explícitas en sus aseveraciones es efecto de haberlas borrado, de callarlas, no querer darlas, lo que supone poseerlas previamente.

Pero todo esto no prueba por sí nada en concreto y la autointerpretación que da Ortega queda, por tanto, en el aire.

En fin, después de todas las precisiones críticas que acabamos de hacer al pasaje en cuestión, puedo decir con conocimiento de causa que está integrado de una serie de monsergas y triquiñuelas muy propias de quien se propone convencer al lector de lo inverosímil. La serenidad y justicia críticas no me permiten decir menos.

b) *¿Ironía y no sofisma?*

Quizá alguien piense que no se debe ir tan lejos en la crítica del texto orteguiano en cuestión, que no se ha de tener en cuenta sólo el aspecto lógico sino el literario, con lo cual lo que parecía sofisma no pasa de ser una ironía retórica (24).

(24) El vocablo «ironía» se quiebra en dos modalidades significativas: la socrática, que es equivalente a ridículo, burla fina y disimulada; y la retórica, que es de la que aquí hablamos.

Voy a hacerme cargo de esta supuesta interpretación textual, porque pienso que más de un lector de Ortega creerá encontrar en ella un justificante para oponerse a lo que dijimos en el párrafo anterior. Esta sospecha nuestra tiene suficiente fundamento sobre todo si se considera la frecuencia con que Ortega usa la ironía en sus obras.

Comienzo por declarar abiertamente que no encuentro motivo alguno suficiente para ver en ese pasaje un sentido irónico. Y doy a continuación más pruebas.

La ironía retórica «consiste en dar a entender lo contrario de lo que se dice» (25). Esta definición supone, como sobrentendido, que se dice lo contrario de lo que se piensa. De modo que expresados todos los términos sería: «la figura retórica que consiste en decir lo contrario de lo que se piensa, a la vez que se deja subentender (26) que se piensa lo contrario de lo que se dice» (27). Hay, pues, dos partes esenciales en la ironía de que hablamos: 1) decir lo contrario de lo que se piensa; 2) dar a entender que se piensa lo contrario de lo que se dice. La misma frase, sola o junto con las frases del contexto íntimamente unidas a ella, ha de hacer las dos funciones. Si falta lo segundo, la locución será fingida, ensañosa, falsa, mentirosa, sofística, pero en ningún caso la figura retórica llamada ironía.

Y Ortega, en el texto que examinamos no dirá todo lo que piensa sobre el asunto sino parte, y fingirá que esa parte que dice es todo lo que piensa, y que ya no hay que tener en cuenta sobre lo que dice más de lo que él dice (28), esto es, que lo que dice expresa con toda exactitud la realidad de las cosas; pero yo no encuentro estampado en la letra indicio alguno inequívoco que revele al lector que su ver-

(25) CASARES, JULIO: *Diccionario ideológico de la lengua española*. Art. «ironía».

(26) Subentender=sobrentender: «Entender una cosa que no está expresada, pero que se debe suponer». Cfr. J. CASARES: *Ib.* Artículo: «sobrentender».

(27) También Ortega nos da su definición de ironía, o mejor de lo irónico, pero evito utilizarla porque se me hace inadmisibles por lo insuficiente. «Irónico, dice, es todo acto en que suplantamos un movimiento primario con otro secundario y en lugar de decir lo que pensamos, fingimos pensar lo que decimos». (III, 177). Es insuficiente esta definición, porque falta la segunda parte esencial de que inmediatamente hablamos en el texto, sin la cual será cualquier cosa menos una mera figura retórica. Siempre Ortega ha de definir de un modo «especial». Acaso se deba a la fidelidad que guarda al espíritu «raciovitalista» hasta en los más pequeños pormenores conceptuales. Dice también: «Pensar es una operación irónica; lo que decimos es la 'pura verdad', pero la decimos a sabiendas de que las cosas son un poco divergentes de ella porque todas las cosas son la verdad impura. Sólo el que no piensa, sólo el tonto cree que lo que él dice es sin más y sin menos la realidad misma». VI, 90.

(28) Opto por suponer todo esto porque lo prefiero a suponer que Ortega fué tan obtuso de entendimiento que no se le ocurrió pensar más de lo que dijo.

dadero pensamiento es el contrario al que expresa el texto directamente. Y sin esto no puede decirse que haya la figura retórica llamada ironía. Acaso podría decirse que hay una ironía para el autor, puesto que al decir lo contrario de lo que piensa uno no se engaña a sí mismo; pero no la hay para el lector, que es para quien se escribe, a quien va dirigido el texto.

2. EL PROPIO VIVIR DE ORTEGA, FACTOR INFLUYENTE EN SUS LIMITACIONES LITERARIAS

Al principio ya vimos cómo la circunstancia vital es un elemento que tiende a condicionar el quehacer o propósito vital en cuanto éste la tiene en cuenta para realizar en ella su programa. Ahora vamos a ver cómo llega a influir hasta tal punto a veces, que impide al quehacer vital realizar su programa entorpeciénolo o dejándolo en absoluto frustrado. Son una serie de pruebas de cómo Ortega tropezó con un bloque de *dificultades vitales* que le *imposibilitaron* escribir tratados definitivos aunque hubiese querido escribirlos y hubiese tenido capacidad personal para ello, y le redujeron a escribir simplemente «ensayos» al estilo que lo hizo.

Comienzo a poner en claro cómo si se limitó a escribir ensayos sobre temas filosóficos fué, en definitiva, *porque no pudo* hacer más. Inició, pues, una primera interpretación al margen de la que nos dió el mismo Ortega. Estudiaré ahora la parte que se puede atribuir al vivir del propio Ortega en impedirle escribir algo más que ensayos. Queda como descontado que el no-decir no se debe a *no saber decirlo*, pues es evidente su alto dominio de expresión, al que no resisten los pensamientos más rebeldes y esquivos a ser expresados. Más adelante veremos la parte que en ello puede atribuirse a su propio pensamiento.

- a) *Vicisitudes concretas de su vivir que han podido entorpecer o impedir la realización de su propósito literario.*

No siempre se está igualmente capacitado para escribir con holgura y dominio. En la cronología de la vida existe una primera etapa que es preparatoria, introductoria a la vida literaria. En esa etapa, sin límites matemáticamente prefijados, no hay capacidad lite-

raría para escribir obras voluminosas, básicas, ni doctrinal ni literariamente (29).

Para poder tener el dominio que se necesita para redactar una obra de sólida estructura (filosófica, principalmente), se necesita encontrarse uno ya en un momento vital de cierta madurez literaria. Esto nos explica suficientemente por sí solo *la ausencia* de libros, lo que se llama libros, en la primera etapa de la vida literaria de Ortega, como en la de cualquier otro (30).

* * *

Pero además, no siempre se encuentra el escritor ya maduro con el mismo temple mental. Para escribir se necesita una cierta inspiración que no siempre se posee oportunamente y cuya falta resta plenitud a la pieza literaria que sin ella se redacta. Estas arideces mentales son un fenómeno tan natural y corriente en la orografía espiritual como los canales en la fisonomía marciana. Dice Ortega: «El escritor pasa, a lo mejor, por zonas espirituales donde no brota una idea. A veces, dura meses la estéril situación» (II, 11). Para escribir no basta tener ideas en la cabeza y pluma en la mano. Puede estarse así los días tontos el infeliz escritor, en esa espectante postura, obtuso, sin la menor inspiración, sin sacar nada de provecho por más gesticulaciones que haga, sin conseguir que destile su pluma ni una gota de tinta literariamente provechosa. Los consagrados a esta ingrata profesión entienden perfectamente de qué se trata.

Mas no basta tener ideas e inspiración expresiva. Pueden ponerse —se ponen constantemente—por medio en la vida otras mil ocupaciones que invaden toda nuestra capacidad de acción y obstaculizan, entorpecen, imposibilitan prácticamente la apacible labor de trasladar a las cuartillas las palabras portadoras de nuestros pensamientos, sobre todo si son largas de expresar. En 1922 dice Ortega: «Otros trabajos me impiden, hoy como ayer, construir el edificio de un libro según el plano que estas páginas delinean» (III, 37). Son impertinencias de la vida. Entre pitos y flautas se te va pasando la vida sin darte cuenta, si no pones remedio y te haces violencia para dominarla, para dete-

(29) No hay «capacidad *literaria*». Ordinariamente, como es natural, tampoco hay «capacidad *mental*», que influye por su parte en la literaria, pero de ésta hablaremos más adelante.

(30) Las razones que él nos da de contar con la circunstancia en que escribe, si han de tener valor ha de ser sobreañadidas a ésta.

nerla incompasivo. Vivir no consiste en escribir libros. Tanto no consiste que hay una infinidad de gente que no se dedica a escribirlos, ni sabe, ni pierde el sueño por no saberlo. Sin embargo, el vivir incluye un repertorio de acciones sin las que no puede sostenerse en sí mismo: comer, dormir, etc. Estas acciones elementales las ejecuta por necesidad ineludible todo aquel que vive; indudablemente también quien se propone escribir libros. Si a estas acciones vitales ineludibles añadimos en quien tiene voluntad de escribir libros otras muy explicables desde el punto de vista de la convivencia humana: tertulias, espectáculos, etc., tendremos a la vista un conjunto de operaciones que restan posibilidades—tiempo, preparación psíquica, etc.—a la operación de escribir.

Pero es que aún hay más. Puestos a hablar, en concreto, de escribir *libros* verdaderamente tales, resulta ser un obstáculo hasta el dedicarse a escribir artículos. Y este es un origen especial de que Ortega no haya escrito libros de consideración; por más que hubiese deseado haber hecho alguno, no pudo. Como a la vez y con más fuerza deseaba colaborar en el periódico, en la revista, no le quedaba tiempo para aquello. Lo único que logró fué hacer «ensayos», estudios ligeros, que eran a la vez, ordinariamente, colección de artículos ya antes publicados separadamente en periódicos y revistas. No se puede emplear el tiempo en escribir constantemente artículos y a la vez libros de gran envergadura, por la misma razón que no se puede repicar e ir en la procesión (31).

Puede quedar a mí parecer completamente claro — continuando todavía en la suposición fundamental de que no le faltaban ideas que exponer—que el no escribir tratados voluminosos y fundamentales no obedeció—al menos a partir de una determinada fecha—a que no quiso, sino a que no pudo, a que no se lo permitieron estas y otras ocupaciones vitales. Comparemos fechas y declaraciones orteguianas.

El año 1924, según él mismo confiesa y ya vimos, comienza a estar ya preparada la circunstancia española para que se pueda dar el segundo paso, esto es, se le pueda comenzar a hablar de la filosofía filosóficamente, aunque debe entrarse en esta nueva etapa con cautela, pulgada a pulgada (III, 270). En 1932, encuentra en el extranjero

(31) Al tocar en una ocasión, en un artículo, en 1937, en Buenos Aires, un punto cuya exposición requería algún detenimiento, dijo: «...Pero yo no tengo por qué meterme en asuntos tales. La noria cotidiana me espera; tengo que seguir dando vueltas en torno a ella, hoy como ayer, mañana como hoy. Sonríamos un artículo más!». V, 276.

núcleos de lectores que le piden algo más que artículos de periódico, verdaderos libros (VI, 352).

Por otra parte, desde el año 1929, lo más tarde, ya tiene formulado el propósito de publicar en fecha próxima dos libros, lo que se llama libros, «criaturas graves», «mamotretos» que llamará más tarde. Y ese propósito lo formula reiteradamente en sus escritos posteriores. En una interviú con Fernando Vela le confiesa: «Poco antes de abandonar mi cátedra—allá por 1929—yo sentía una profunda necesidad de 'retirarme' más que nunca, incluso de los amigos, retirarme a parir, estaba parturiento de criaturas graves» (32).

Al final del artículo *Filosofía pura* (anejo al folleto *Kant*), publicado en 1929, dice a propósito de la razón vital: «Sobre todo esto hablo largamente en mi estudio *Sobre la razón vital*, que no tardará en publicarse...» (IV, 59, nota).

En 1935 dice: «Es ya sobrada mi audacia y, consiguientemente, mi riesgo al haber atacado a la carrera, como solían los guerreros medas, los temas más pavorosos de la ontología general. Permítaseme que al llegar a este punto, en que fuera necesario, para ser un poco claro, fijar bien la diferencia entre la llamada 'vida colectiva o social' y la vida personal, renuncie radicalmente a hacerlo. Si el lector siente alguna curiosidad por mis ideas sobre el asunto, como, en general, por el desarrollo de todo lo antecedente, puede hallarlo expuesto con algún decoro en dos libros próximos a publicarse. En el primero, bajo el título *El hombre y la gente*, hago el intento leal de una sociología donde no se eludan, como ha acontecido hasta aquí, los problemas verdaderamente radicales. El segundo—*Sobre la razón viviente*—es el ensayo de una *prima philosophia*» (VI, 38, nota).

Refiriéndose, en el prólogo para franceses (1937 de *La rebelión de las masas* a lo necesario que es tener claros los conceptos de lo que es sociedad, colectividad, individuo, usos, ley, justicia, etc..., advierte en nota: «En otro lugar hallará el lector alguna indicación sobre esto. El resultado de mis reflexiones va en el libro, próximo a publicarse, *El hombre y la gente*. Allí encontrará el lector el desarrollo y justificación de cuanto acabo de decir» (IV, 118, nota).

(32) IV, 387. Al hablar en *El tema de nuestro tiempo* (1923) de la «previsión del futuro» que tiene el historiador, dice en nota: «Si alguien quiere ocuparse en reunir datos para una historia de las profecías históricas, se encontrará en seguida, sin necesidad de vastas investigaciones, con que la profecía ha sido lo normal, con que casi toda nueva etapa fué pronosticada por la anterior con pasmosa precisión. En obra próxima a publicarse reuniré algunas pruebas de esta afirmación». III, 154, nota 1.

Volviendo de nuevo a caer en el mismo asunto dice: «Es preciso que el pensamiento europeo proporcione sobre todos estos temas nueva claridad». Y continúa: «esto hay que hacerlo sin pretensiones, pero con decisión, y yo lo he intentado en un libro próximo a aparecer en otros idiomas bajo el título *El hombre y la gente*» (IV, 131). En la página 253 se lee: «En general, el político, incluso el famoso, es político *porque* es torpe». Y anota así: «El sentido de esta abrupta aseveración que supone una idea clara sobre lo que es la política, toda política—la 'buena' como la mala—, se hallará en el tratado sociológico del autor titulado *El hombre y la Gente*» (IV, 253).

En 1940, en el prólogo a *Ideas y Creencias*, vuelve a hablar de sus dos libros: «Desde hace cinco años ando rondando por el mundo, parturiento de dos gruesos libros que condensan mi labor durante los últimos dos lustros anteriores. Uno se titula *Aurora de la razón histórica*, y es un gran mamotreto filosófico; el otro se titula *El hombre y la gente*, y es un gran mamotreto sociológico» (V, 379).

Sospecho que se puede referir también a esta obra cuando dice en 1942: «Espero poder pronto presentar mis atisbos sobre este emocionante y funambulesco tema del origen del hombre» (VI, 473, nota 1).

Teniendo en cuenta todos estos datos, considero que la no publicación de esos tratados que promete como *inminentes* desde hace tantos años, no puede tener justificación alguna en la falta de preparación por parte de la circunstancia para comprenderlos, siendo así que se decidía a publicarlos (33). Hay que buscarla en otra parte. ¿Dónde? Por lo pronto en la dificultad de *redactarlos* definitivamente que encuentra Ortega a causa de las consideraciones ya dichas y otras parecidas, normales en la vida, aun suponiendo que domina perfectamente las ideas que han de constituir su contenido (34). Pero además, es deber de justicia tener en cuenta otras vicisitudes de carácter *anormal* por que pasó la vida de Ortega y que podrían explicar por sí solas un nuevo aplazamiento en la publicación de esos mamotretos» en los últimos años de su vida literaria. El mismo acude a ellas con ese fin, en el prólogo que escribe en Buenos Aires, en Octubre de 1940, para su opúsculo *Ideas y Creencias*, cuando, refiriéndose a los dos libros

(33) Fíjese el lector en la fuerza del argumento: El mero hecho de proponérselo arguye que por esta parte no había ya inconveniente alguno. ¿A qué viene esa decisión si la circunstancia no se lo permitía? Esto no sería comprensible en un espíritu como el de Ortega, cuya primera preocupación es contar con la circunstancia.

(34) Obsérvese que el texto que citamos a continuación supone que en 1936 todavía no habían recibido la última mano.

antes anunciados, dice: «La malaventura parece complacerse en no dejarme darles la última mano, esa postrera soba que no es nada y es tanto, ese ligero pase de piedra pómez que tersifica y pulimenta. He vivido esos cinco años errabundo de un pueblo a otro y de uno en otro continente, he padecido miseria, he sufrido enfermedades largas de las que tratan de tú a tú a la muerte, y debo decir que si no he sucumbido en tanta marejada ha sido porque la ilusión de acabar esos dos libros me ha sostenido cuando nada más me sostenía. Al volver luego a mi vida, como pájaros anuales, un poco de calma y un poco de salud, me hallé lejos de las bibliotecas, sin las cuales aquella última mano es precisamente imposible, y me encuentro con que ahora menos que nunca sé cuándo los podré concluir. Nunca había yo palpado con tal vehemencia la decrepita verdad del *Habent sua fata libelli*» (35).

Agitación exterior e interior, miseria, enfermedades graves, falta de bibliotecas... hacen sumamente comprensible que durante ese período haya quedado inédito el tesoro de sus supuestos esclarecimientos definitivos sobre los puntos claves de su pensamiento filosófico. El escritor es un hombre, y es muy humano que en tales situaciones *no pueda* dedicarse a dar los últimos retoques—que no tenga humor ni ganas para ello—a sus libros más serios. No se puede negar a Ortega la indulgencia que obtiene cualquier otro escritor en una lamentable situación semejante.

* * *

Quizá la avanzada edad en que entra ya posteriormente pueda ser también una excusa de no haber publicado tampoco en los años siguientes tales libros, pues a lo que sé, con el año 1943 cierra su actividad literaria.

b) *Economía, temperamento y libros voluminosos básicos de Ortega*

He dicho, pocas páginas atrás, que el escribir artículos representaba un impedimento para escribir libros propiamente tales; y que

(35) V, 379. En una nota del *Prólogo a Historia de la Filosofía de Emil Brehier* (escrito también en Buenos Aires, en 1942, el último de sus escritos filosóficos—según creo—, hace una advertencia explicando la inseguridad de un juicio suyo, que mueve a verdadera compasión, sobre todo a quien sabe el denodado tesón que supone ponerse a escribir aun con los medios de trabajo a mano. Dice: «Ha de representarse el lector que escribo sin biblioteca que poder consultar. Manejo el texto de Aristóteles y el tomo del viejo Zeller, que no roza siquiera el asunto. Nada más. Conviene que el lector futuro tenga en cuenta las condiciones materiales y morales en que escribimos estos años los que aún seguimos en serio escribiendo». VI, 409.

Ortega era un empedernido escritor de artículos. ¿A qué se debe atribuir el hecho de que, a pesar de no salir a la luz los dos libros reiteradamente prometidos en el último decenio de su vida literaria, no obstante continuase escribiendo artículos o cortos ensayos, casi en su totalidad integrados de tales artículos? Se trata de subinterpretar este hecho.

Yo pienso que acaso esa insistencia revela que a las razones enumeradas en el punto anterior quizá se puedan sumar algunas otras. Tengo presentes dos: su situación económica; su temperamento.

1) Quien vive de su trabajo, si no trabaja no come; y si no come, pronto dejará de vivir. Los apremios económicos de aquel cuyo trabajar es escribir, si no están ya solucionados se han de solucionar escribiendo. El escritor vive de lo que escribe, que suele ser un vivir poco retribuido y a destiempo. Por esto el teórico puro que se lanza a escribir mamotretos científicos en que volcar su saber, ha de tener precisamente solucionado ya su problema económico, porque las urgencias vitales somáticas difícilmente podrán esperar a ser satisfechas al cabo de seis, ocho, diez años que le costará madurar su fruto intelectual. Aristóteles observó ya sagazmente que los altos quehaceres de carácter vital lujoso, como son las ciencias teóricas, que sólo se piensan, se dicen o se escriben, nacieron en aquellos puntos en que los hombres tenían ya solucionado el problema económico y gozaban, por tanto, de holgura vital elemental (36). Si ese problema no está solucionado y se ve obligado a solucionarlo el escritor con la pluma, la necesidad perentoria le coacciona a optar por un modo especial de escribir: el de hacer piezas cortas que le permitan remediar las urgencias del mañana o pasado mañana.

Pocas líneas antes de declarar al lector en 1932 la improbabilidad de que alguien llegue a entender su obra literaria por lo compleja que es, debido al acto de presencia que hace en cada una de sus páginas el jeroglífico de su existencia entera a la hora en que cada una de ellas fué escrita, dice acerca del influjo de la situación económica en la vida: «Se puede estar seguro que ni nuestros amigos más próximos y leales tienen un conocimiento medianamente aproximado de cuál es nuestra situación económica. Este pequeño detalle que con tanta razón ha exagerado la interpretación económica de la historia poniéndolo en el primer plano, el pequeño detalle de cuáles son los medios crematísticos de nuestra pobre existencia, queda por completo ignorado. ¿Y se pue-

(36) *Metafísica*, I, 1; 981, b24-25.

de tener ni la más vaga idea de *quién* es un prójimo si se desconoce la base económica de su existencia y, consecuentemente, su conducta en ese piso bajo, mejor aún, en ese cimiento subterráneo de ella? Porque *todo* lo que un hombre hace, y aun lo que no hace, adquiere un sentido diferente según sea su asiento económico. De mí sé decir que no hay cuatro personas entre mis próximos amigos que hayan tenido nunca noción precisa del sostén financiero que soporta la fantasmagoría de mi destino público» (VI, 347. El subrayado es del texto).

Yo no sé hasta qué punto la circunstancia económica habrá influido en la pluma de Ortega para dar a sus páginas carácter periodístico o ensayista e impedir que corriese por ellas libre, sin el tiempo contado en horas, con la holgura y pausa que reclama la redacción de los trabajos de alta investigación. No lo sé, porque en definitiva no me consta la base crematística que pudo respaldar su existencia e instalarle permanentemente dentro de una determinada categoría económica. Y si, como parece insinuar, no llegaron a saberlo ni de modo medianamente aproximado sus amigos más próximos, mucho menos podré saberlo yo (37). Lamento, sin embargo, no saberlo, dada la importancia que reconoce Ortega a ese elemento en el sentido o interpretación de lo que un hombre hace y aun de lo que no hace. Y esta falta de datos convierten mis juicios sobre este asunto en simples sugerencias y bastante problemáticas insinuaciones, pero que consigno por si a otro le es posible, con datos más seguros, explotar un mayor valor que acaso tenga el influjo de este elemento vital para interpretar su obra literaria. Mas, no obstante persistir esa inseguridad de fondo respecto a la generalidad de su vida literaria, no desisto de insinuar la peculiar repercusión que de manera especial parece haber tenido en dos etapas de ella. Una es la que va desde sus comienzos en 1904 hasta poco antes de 1922 aproximadamente, en que ya comienzan a aparecer sus «libros» y sobre todo hasta 1930 en adelante, que es cuando a toda prisa comienzan a ser traducidos a diversas lenguas y sería para él —es de suponer (?)— una fuente de ingresos, que es lo mismo que una fuente de desahogo económico. La otra, que comienza con la guerra civil española (1936) y termina en 1940 casi con su producción literaria, en la cual las vicisitudes de su destierro le obligan a padecer miseria, como él mismo dice, y otras mil calamidades. Pero dejemos estas vaguedades en su vaguedad.

(37) Fué descendiente de honrados profesionales de la pluma. Su padre, periodista y literato; su abuelo materno, fundador del periódico *El Imbarcial*.

2) He dicho que otro elemento vital que quizá contribuya a explicar el hecho de decidirse a escribir piezas ligeras puede ser el temperamento. Este es un elemento arraigado en las entrañas del escritor. No tengo texto alguno donde Ortega confiese abiertamente sus preferencias temperamentales (38), pero a uno le parece que siente ser una obligación el pensar que por debajo de todas las explicaciones que da Ortega del carácter ensayístico de sus escritos hay la que se funda en su temperamento. Al principio del punto anterior vimos que la ausencia de obras capitales en la etapa inicial de la vida literaria encontraba una cierta justificación en el hecho de ser inicial, esto es, de ser el escritor un principiante. Pues bien, la continuidad de esa misma ausencia en las etapas siguientes encuentra parejamente una posible motivación en la presencia de una especie de repugnancia temperamental hacia los «mamotretos» (39).

Sin embargo, no se dé a este argumento más valor del que tiene, no sea que en fecha más o menos cercana—o lejana—aparezcan por fin a luz póstuma los dos consabidos gruesos volúmenes tantas veces prometidos y se crea que al quedar recortado el valor de esta concreta razón todas las demás que hemos dado fundados en los mismos textos de Ortega quedan completamente anuladas. Y con esto pasamos a otra clase de interpretaciones.

3. EL SABER DE ORTEGA, COMO CLAVE INTERPRETATIVA DE SU ENSAYISMO LITERARIO

Entramos en un nuevo plano de interpretaciones, o mejor, en una nueva serie de justificaciones de nuestra interpretación del ensayismo orteguiano desde fuera de su autointerpretación.

«La claridad en el pensar condiciona la claridad de la lengua» (V, 269-270). Esto que dice Ortega de los idiomas tiene también su debida aplicación al lenguaje individual. Y por lo que se refiere a Ortega, existen motivos bastante fuertes—acaso decisivos—para interpretar su ensayismo literario como una forma obligada, debida concretamente a que era la más acomodada o conforme a su forma

(38) Hay algunos, no obstante, que revelan su espíritu ensayista, improvisador. Las ideas que transmite *España invertebrada*, «llegó un momento en que necesitaba libertarme de ellas comunicándolas...» III, 37.

(39) También el hecho repetido de las obras truncadas puede atribuirse a su temperamento, que le imposibilitaba vitalmente mantenerse por largo tiempo en el desarrollo de un tema.

mental. Esto es, que si no dió las pruebas explícitas decisivas de sus apreciaciones ideológicas o doctrinales y evitó siempre internarse en el estudio a fondo de los grandes temas, fué debido, en general y en última instancia (40), a no tener mucha seguridad en sus ideas, o lo que es lo mismo, al carácter ensayístico de su pensamiento. Otro giro: Hay motivos lo suficiente fuertes para pensar que si no nos dió las claves de su pensamiento de una manera clara, no fué debido a que las calló, optando por una razón u otra extraña al pensamiento mismo a quedarse él solo con su ciencia, sino porque no las pensaba para sí de una manera clara, porque no tenía esa ciencia.

Vea el lector los motivos que tengo para pensar así (41).

a) *Retirada en las pretensiones de las obras graves que ha prometido.*

En las referencias que hace Ortega a sus dos libros capitales, todavía por publicar, suele nombrarlos por sus propios nombres, acompañándolos a veces también algunos rasgos característicos. Quiero llamar sobre ello la atención, porque al través de lo uno y de lo otro deja transparentarse un poco la idea que el autor tenía de esos libros cuando acaso apenas estaban poco más que proyectados y cuando ya debía tener muy avanzada su redacción, según el año de que data la referencia.

Comparando todos esos datos, dispuestos en su orden cronológico, se encuentra uno con una valiosa observación: el hecho de una cierta marcha atrás, retroceso gradual en las pretensiones que abrigó en un principio, en el sentido al menos de que posteriormente ha descen-

(40) «En general». Esto es, no obsta que en casos concretos se interpusieran otras razones particulares, cualquiera o cualesquiera de las apuntadas en páginas anteriores de este capítulo. Por ejemplo, cuando dijo de la conferencia del *Centenario de Hegel*: «Añado unos papeles leídos en la fecha del centenario de Hegel, 1932, ante un público formado principalmente por muchachas más florecientes que mediatundas, y a quienes era forzoso evitar la impudorosa dificultad de la filosofía—la verdad desnuda». V, 380.

«En última instancia». El que se pueda llevar la interpretación hasta el extremo, no quita que sean también relativamente valederas las anteriormente dadas. El decir que si no buceó sobre los problemas fundamentales fué debido a no tener sus soluciones claras, no niega que haya existido una circunstancia española que no favorecía exponerlas aunque se poseyesen con toda claridad.

(41) Tenga presente el lector que no me meto a criticar sus doctrinas, que al resultar inaceptables, en parte, por erróneas, constituirían una prueba más de la falta de claridad definitiva de sus ideas. Me limito exclusivamente a aprovechar los resultados que me proporciona la lectura de sus textos.

dido a detalles que delatan una limitación y modestia en el propósito general, que no constaba—por lo que yo he podido ver—en un principio.

He aquí las citas concretas :

En 1929 (46 años) habla de un «estudio» titulado *Sobre la razón vital* (IV, 51 nota).

En 1935 habla de dos «libros», uno «*el intento real de una sociología* donde no se eludan, como ha acontecido hasta aquí, los problemas verdaderamente radicales», y se titula *El hombre y la gente*. El otro «es el ensayo de una *prima philosophia*», y se titula *Sobre la razón viviente* (VI, 38 nota).

En 1937 alude a un «libro» (IV, 118 nota ; 131) que es un «tratado sociológico», titulado *El hombre y la gente* (IV, 253 nota).

En 1939, al final de *Ensimismamiento y Alteración*, primera lección—prólogo—del curso *Seis lecciones sobre el hombre y la gente* (que acaso sea—como ya dejamos advertido—un primer diseño o resumen de su prometida obra *El hombre y la gente*), dice : «De la inmensa maraña de temas que será forzoso aclarar si se ambiciona una nueva aurora, yo he elegido uno que me parece urgente : qué es lo social, qué es la sociedad ; un tema, si se quiere, bastante humilde, desde luego, poco lucido y, lo que es peor, de sobra difícil ; tanto, que el día próximo entraré en él algo azorado, pues me doy plena cuenta de que voy a llevar al extremo la elasticidad de esta tribuna, haciéndola coincidir con una cátedra universitaria. Pero el tema es urgente. El constituye la raíz de esos conceptos—Estado, nación, ley, libertad, autoridad, colectividad, justicia, etc.—que hoy ponen en frenesí a los mortales. Sin luz sobre ese tema, todas esas palabras representan sólo mitos. Un poco de esa luz vamos a buscar. No se espere, por supuesto, cosa mayor. *Doy lo que tengo : que otros capaces de hacer más hagan su más, como yo hago mi menos*» (V, 315. El subrayado es mío).

En 1940 habla de dos gruesos libros : la *Aurora de la razón histórica* y *El hombre y la gente* (V, 379).

En 1942 promete sus «atisbos» sobre el origen del hombre (VI, 473, nota 1) que, como ya he insinuado, acaso podría aludir a algún apartado de *El hombre y la Gente*.

Como se ve, nos habla de «intentos», «auroras», «atisbos», bien menguadas pretensiones para todo un tratado filosófico o socioló-

gico. Adviértase sobre todo el importantísimo detallé del título del libro «Sobre la razón *vital*», al que termina por llamar «Aurora de la razón *histórica*». Parece muy significativo ese cambio de apelativo en el título de un libro que intentó tratar en un principio sobre la razón *vital*, después de haber dicho formalmente: «La 'razón vital' significa todavía una cosa más decisiva que lo entrevisto por Dilthey» (VI, 197 nota), esto es, la «Razón histórica» (VI, 186). «La idea de la razón *vital* representa, en el problema de la vida, un nivel más elevado que la idea de la razón *histórica*, donde Dilthey se quedó» (VI, 175).

En 1939 ya usó la expresión «una nueva aurora» (V, 315) refiriéndose a todo su pensamiento.

¿ Alcance significativo del hecho de la retirada? No voy a aducir el argumento del cambio de edades, porque la primera referencia que he citado data de cuando ya tenía 46 años, y, en la vida intelectual, entre los 46 y los 56 años (fecha de que data la más tardía) no hay diferencia esencial, ambas pertenecen a la misma época (V, 49).

Pero Descartes, en un lugar de su *Discurso del Método*, hace una sagacísima observación que conceptúo es clave interpretativa para este caso. Dice que le ocurrió una cosa muy chocante: que a veces se creía saber las cosas y al ponerse a escribirlas se encontraba con la sorpresa de que todo su saber se desvanecía, lo encontraba lleno de imprecisiones, inexactitudes y oscuridades; en fin, que no las sabía. Este es un hecho que les consta a los escritores que tratan de embestir de frente a las ideas básicas, no sólo por la autoridad de Descartes sino por la experiencia de cada día. ¿ No podía haberle ocurrido a Ortega que, al decidirse a restar un tanto de tiempo a sus ocupaciones ensayistas para poder, puesto en traza abismática, vestido de escafandra, descender hasta las más profundas cuestiones para sacarlas a la luz meridiana de sus páginas, se encontrase con que no sabía a ciencia cierta qué es lo que tenía que sacar? Todo podría ocurrir. No obstante, la simple consignación de este fenómeno que le ocurre al escritor con bastante frecuencia no es *por sí solo* suficiente motivo para que se pueda interpretar con toda certeza en ese sentido el hecho de la retirada a que nos referimos. Mas tampoco lo pretendo yo, que considero estas observaciones y sugerencias como una introducción a lo que digo en los puntos siguientes, *que confirmarán, por lo demás, esas sospechas*.

b) *El «saber germinante» y el ensayismo literario orteguiano.*

Ya vimos (42) cómo la novedad de la doctrina de Ortega podía tomarse como una justificación de la supuesta voluntariedad de callar las razones que de hecho no aparecen explícitamente en sus obras. Ahora vamos a ver cómo ese hecho de la novedad de su doctrina nos lleva más lejos: nada menos que a pensar que la ausencia de tales razones no se debe a una simple voluntariedad sino a una necesidad en que le sitúa esa cualidad de *nueva* que tiene su doctrina. No da de una manera clara, explícita, las razones, los pensamientos fundamentales y básicos de su doctrina, porque no los posee él tampoco de una manera clara y explícita. Pongo a continuación algunos motivos que tengo para pensar de esta manera, que alguien calificará de atrevida en extremo. Los tomo de las páginas que dedica él mismo a la exposición del origen de su doctrina de la vida, donde a la vez manifiesta sus apreciaciones sobre la de Dilthey (43).

He aquí el juicio que da Ortega de la obra de Dilthey :

»Dilthey no ha expresado nunca en forma adecuada y pública su pensamiento» (VI, 173).

(42) Véase antes, donde hablamos del silencio como táctica para defenderse de la circunstancia.

(43) Me ha extrañado sobremanera el tono en que está escrito este opúsculo. Me suena de modo muy diferente a todos o casi todos los demás. Hasta tal punto que, siendo fieles a la nomenclatura orteguiana, no sé si le caería bien el nombre de «ensayo» por más que él así le llame. El lector se dará cuenta de la tónica que lleva, observando principalmente los subrayados (míos) de las siguientes frases entresacadas de él :

Hablando de que él ha tardado mucho en tomar contacto pleno con la obra de Dilthey : «Importa, pues, formular desde luego esto que con él nos ha pasado y que las páginas siguientes *mostrarán con todo detalle y rebosante comprobación.* VI, 174.

Refiriéndose a la independencia de su «razón vital» respecto a la «razón histórica» de Dilthey : «Este libro se propone *demostrarlo minuciosamente.* VI, 175.

Más adelante se propone «estudiar *uno a uno* los grupos de problemas que esta filosofía plantean» (VI, 195), aunque no lo llega a hacer.

Respecto a la exposición de la idea fundamental de Dilthey : «Esta es, por lo pronto, *de una simplicidad extrema.* Sólo requiere una *somera* preparación, que es la siguiente...» (VI, 176). «...voy a exponer a mi manera, manteniéndome dentro de ella, pero dándole una expresión algo más *rotunda y vigorosa.* VI, 182.

Exponiendo el texto capital en que aparece la expresión primaria del pensamiento de Dilthey : «Es el caso que la idea balbuciente en aquellas expresiones es *sobremanera sencilla y luminosa,* hasta el punto de que su aclaración completa puede lograrse en las pocas páginas que siguen». VI, 188.

Dijo Dilthey que el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene historia. «Pero esto significa para Dilthey varias cosas juntas que nunca ha expresado formalmente y que yo *enuncio de una vez y con todo rigor, para que no haya vacilación alguna sobre el sentido del término.* VI, 198.

A los 63 años «en 1896, es Dilthey requerido para hacer un brevísimo resumen de su filosofía, que pueda servir como exposición de ella en la *Historia de la Filosofía* de Ueberweg. Es muy comprensible que los autores de esta obra se viesen obligados a solicitar de Dilthey una fórmula auténtica de su pensamiento. En efecto, no podían referirse a ninguna exposición antecedente. Como todos los que entonces se ocupaban de filosofía, no podían ver en los dos o tres párrafos citados por mí en el capítulo anterior el esquema de una filosofía. Dilthey se pone a la obra. Forzado por esta presión externa—muy atendible para él porque la obra monumental iniciada por Ueberweg tenía y tiene una influencia enorme en el mundo filosófico—intenta dar forma escueta, claro perfil a su idea. Hizo varios proyectos—tres por lo menos—. ¡Intento vano! El que más, llegó a cuatro o cinco páginas y queda interrumpido en el aire. Una vez más este genial tartamudo de la filosofía opta por silenciar la suya» (VI, 197-198).

Hasta aparecer sus obras completas en que se publican muchos papeles no publicados en su vida, «únicamente el reducidísimo círculo de los discípulos más inmediatos pudo aprovechar su fértil inspiración» (VI, 173). Pero «aun estos mismos se han caracterizado también por una extraña incapacidad de llegar a un cuerpo aristado de doctrina y de influir, a su vez, sobre el contorno» (VI, 176). «Sólo hoy, al aparecer en sus *Obras Completas* las notas privadas, los bocetos, los intentos de exposición que en sus papeles dejó, empieza a ser posible formarse una idea de sus tendencias decisivas» (VI, 173).

No queda, pues, expresada formalmente con esto su filosofía, ni mucho menos; «sin embargo esos conatos de exposición nos bastan para dibujar la concepción definitiva a que llega Dilthey de lo que es filosofía» (VI, 198).

A quien ha leído todo lo que antecede de nuestro estudio no le extrañará nada que apliquemos a Ortega estos juicios que él emite sobre el decir de Dilthey. Resumiendo, Ortega es quien ha dicho de Dilthey: «no ha expresado nunca en forma adecuada y pública su pensamiento» (VI, 173), y quien dijo de sí mismo: no están «mis pensamientos adecuadamente desarrollados en forma *impresa*» (44).

Mas ahora véase la interpretación que da Ortega de ese hecho diltheyano:

(44) IV, 403, nota. Es necesario repetirlo cada vez que salga la ocasión: no lo estaban en 1932, que es cuando dijo la frase, ni creo que lo hayan estado después.

«Que Dilthey no expusiese nunca con plenitud o siquiera suficiencia su propio pensamiento... no es... una casualidad. *Lo característico de Dilthey es que no llegó él mismo a pensar nunca del todo, a plasmar y dominar su propia intuición.* Su discípulo más próximo, y a la vez familiar, Georg Misch, se ve obligado a hacerlo constar, aunque lo excusa, al comienzo de los dos estudios que ha dedicado a su maestro: 'El sentido de su labor y su anhelo no llega... plenamente a conceptos radicales y adecuadamente expresivos. En este punto, en el tránsito de la *intuitio* a la *ratio*, el lugar espinoso de toda filosofía. está la causa del aspecto aparentemente fragmentario y, en verdad, inacabado de su obra'» (45).

Y ahora la aplicación a nuestro asunto: si Ortega se atreve a interpretar de ese modo las insuficiencias literarias de Dilthey, ¿por qué no voy a poder yo interpretar las insuficiencias suyas del mismo modo, siendo un caso idéntico al de Dilthey? Para ello me es necesario solamente probar que el caso Ortega es idéntico al de Dilthey. Lo hago ahora mismo.

La idea clave del argumento de Ortega es, en resumidas cuentas, que Dilthey manejaba una doctrina nueva, un «saber germinante», un Pensamiento o gran Idea (46) en su «estado inicial», «primerizo», del que acertaba a ser, podemos decir, su primer pensador. Esto le imposibilitaba pensarlo del todo, y ello era causa de no poderlo expresar adecuadamente en palabras.

Pues bien, es evidente que Ortega se considera a sí mismo como pensador de una Idea o doctrina nueva.

En 1916, al llegar «al medio del camino de la vida» (II, 20), los 33 años, cuando las aristas de su preocupación teórica se van perfilando y va cristalizando su «perspectivismo individualista» y se lanza a comunicar a los demás mediante *El Espectador*—que entonces abre sus ojos a la luz—sus visiones y descubrimientos, lo hace como quien ofrece «un credo insólito» (II, 17), «algo nuevo» (47).

En 1934, a los 51 años, diría que en los últimos veinte años se había pensado en España (en el grupo de pensadores se cuenta a sí

(45) VI, 173. La cita de Georg Misch es de: *Exposición provisional. Obras Completas*, V, XII, 1924.

(46) Comenzamos a usar «Idea» con mayúscula. Equivale a idea grande, mundial; en concreto, es lo mismo que doctrina filosófica, sistema filosófico como tal. Así, el racionalismo, el vitalismo, el historicismo, etc., son Ideas filosóficas. Cfr. VI, 166.

(47) II, 21. A los 31 años, en las *Meditaciones del Quijote*, ya dijo que él ofrecía simplemente «posibles maneras nuevas de mirar las cosas». I, 318.

mismo. Cfr. VI, 197, nota) «con una originalidad superior a cuanto suele sospecharse» (VI, 195, nota 2). Por lo que toca a él, esa originalidad era el «nuevo racionalismo de la vida» (VI, 197 nota), el «claro e irónico racionalismo de la 'razón-vital'» (VI, 196 nota), el «raciovitalismo» (48).

En 1939, 56 años, nos habla de «una nueva aurora» (V, 315).

Puede acaso ocurrírsele al lector que sabe de fechas, que en realidad Ortega es un segundón, un simple discípulo de Dilthey. Ese pensamiento tuve yo también, pero la confesión de Ortega en contrario casi ha logrado que lo considere como una verdadera tentación, y como a tal lo rechace. Lo único que se puede afirmar con razón acerca de la procedencia de la Idea o doctrina filosófica de Ortega—si se ha de dar crédito a lo que dice en su opúsculo *Guillermo Dilthey y la Idea de la vida*—es que *procede de la época*; no se puede detallar más, es inútil buscar más en concreto su procedencia propiamente tal, porque no la tiene. Y es que el supuesto tópico de la metodología histórica: «el historiador tiene que buscar a toda idea surgida en una fecha su fuente, es decir, otra idea surgida en alguna fecha anterior», no vale sin más para las grandes Ideas, esto es, que la aparición concreta de éstas en el pensamiento individual no supone necesariamente una fuente también individual y concreta; el individuo a quien primero se le ocurre, que primero *la* piensa con plena conciencia, esto es, que no sólo piensa con ella sino que *la* piensa a ella, no la toma de ningún otro individuo sino de la época. «El caso es que cuando una gran Idea [el racionalismo, el idealismo, el positivismo, etc.] ha madurado por completo y reina por impregnación en una época, a nadie se le ocurre buscar para su expresión en un libro determinado una fuente también determinada. La Idea triunfante y vigente está en todas partes, es la época misma, y como antes dije, son los individuos quienes flotan en ella y no al revés» (VI, 167). E inmediatamente desciende Ortega a su caso: «Pues bien, nadie tiene que contarme que esto, si bien por otras razones, acontece también, y muy especialmente, en la etapa inicial de una gran Idea. Esto lo sé por mí, ya que en el advenimiento de la

(48) Ladeo el problema de si lo que en 1923, en *El tema de nuestro tiempo*, comienza a ser llamado imperio de la «razón vital» (III, 178) y define negativamente en 1924 con el título *Ni vitalismo ni racionalismo* (III, 270 y siguientes), y denomina más tarde, en 1932, «racio-vitalismo» (IV, 404 nota), es o no realmente lo mismo que el «perspectivismo», sólo que llamado con otros términos «más dinámicos y menos intelectuales» como él mismo dice (IV, 403, nota). De hecho, en *El tema de nuestro tiempo* se ven juntos ambos temas, el de la perspectiva y el de la razón vital; pero esto puede querer decir muy poco.

Idea de la vida estoy yo, intervengo yo y me consta que la intuición de ella no vino a mí de ninguna fuente *ni pudo venirme*. Y sé, además, que a cada uno de los otros cuatro o cinco hombres que hasta la fecha han llegado primariamente a ella tampoco les ha servido lo que pensaron los demás» (VI, 167-168. El subrayado es del texto). ¿Por qué? «La razón de ello estriba en que la gran Idea es un organismo cuyos elementos o ingredientes son enormemente distantes entre sí. Si no lo fueran no abarcarían la totalidad del problema universal y no podrían modificar *in integrum* la vida humana. Ahora bien, no es fácil que un solo hombre pueda variar su ángulo visual tanto que logre ver por vez primera todos esos elementos tan dispares entre sí. La gran Idea nace a pedazos, cada uno de los cuales es visto independientemente por un hombre aprovechando la afinidad previa con su ángulo visual. Cuando han sido puestos a flor de tierra todos sus elementos, la Idea se integra y parece una idea única, enteriza y simplicísima» (VI, 168). «La verdadera y exclusiva fuente para los iniciadores de una Idea es el nivel del destino intelectual a que ha llegado la continuidad humana. Por eso, los pedazos de la Idea son descubiertos por hombres que se ignoran mutuamente, desde puntos geográficos muy distantes. Su única comunidad es la de nivel en la escala de experiencias intelectuales humanas» (VI, 168).

Ortega, en conclusión, ha llegado *primariamente* a la idea de la vida junto con otros cuatro o cinco entre los que se cuenta Dilthey; con ellos es *co-iniciador*, no simple usufructuario, administrador de la idea ya iniciada o descubierta (49).

No obstante, puestos a precisar, esto no quiere decir que no ocupe en algún sentido un segundo puesto. En estos dos al menos: 1) en cuanto es cronológicamente posterior; 2) en cuanto acertó a descubrir un pedazo de la Idea que venía a ser complemento de los descubiertos por otros co-iniciadores (50).

(49) «Esta faena de fusión e integración [de la razón en la vida] es la que *El tema de nuestro tiempo* plantea. Esto es lo que Dilthey ha *querido* decir y ha *querido pensar* sin acabar de poseerlo. Ahora lo entrevemos, gracias a la publicación póstuma de sus papeles, que se ha hecho bastantes años después que aquella obra mía apareciese». Pero «en 1924 nadie en Alemania y, claro está, yo tampoco desde España, sospechaba que eso era el sentido *futuro* que en la historia de la filosofía iba a tener Dilthey. Lo cual significa, lisa y llanamente, quírase o no, que hemos sido unos cuantos los que entonces construíamos originariamente ese futuro, a cuya luz—sin ella no—cobra sentido fecundo Dilthey. Esto por lo que hace a su idea inicial» VI, 196-197 nota.

(50) Por lo menos esto no le desagradará. Nos ahorramos regateos acaso justos, pero, para el caso, innecesarios.

Fué, pues, co-iniciador de una Idea o doctrina filosófica nueva. Y fué además consciente de esa novedad en algún grado. ¿En qué grado? Para poder fijarlo de modo decisivo es preciso saber previamente hasta qué punto poseía esa Idea. La posesión de las ideas se mide por la claridad con que se encuentran en la mente, con que se las sabe. Mas como ocurre que las Ideas—como cualquier otra idea—sólo se tienen en la mente en calidad de *propias* en cuanto son verdades, la claridad de que se habla no ha de ser aquella con que se le pone de manifiesto a la mente el error de esa Idea, sino su verdad. Por esto, en conclusión, para determinar positivamente el grado en que fué consciente Ortega de su nueva Idea es preciso determinar el grado en que se le presentó como verdad. De no enlazar así su «verdad» con su «novedad», el calificativo «nueva» que se le cuelga a la Idea orteguiana significaría una cosa bastante insustancial, aunque no niego que lo suficiente apetecible para quienes hambreado fama y renombre (no contemos a Ortega entre ellos) aceptan para alcanzarlas cuanto viene a mano, hasta—y especialmente—las *novedades*, inclusive las intelectuales. Significaría simplemente doctrina disonante de las anteriores; caminar por caminos no pisados, aunque sin atender al lugar a que conducen.

Después de esto, nueva pregunta: ¿en qué grado fué Ortega consciente de que su Idea podría encerrar una *verdad nueva*?

¡Aquí está el meollo! Yo creo que no llegó a ver su Idea, *en cuanto tal, como una pura verdad*. El mismo reconoce respecto a Dilthey, su co-iniciador de la Idea de la vida y anterior en el tiempo, lo siguiente: «Dilthey fué uno de los primeros en arribar a esta costa desconocida y caminar por ella, aunque, como suele acontecer a los primeros ocupantes, ya veremos con qué género de fatigas e insuficiencias. Este estudio va a precisar cómo, en rigor, Dilthey no supo nunca que había llegado a un nuevo continente y tierra firme. No logró nunca posesionarse del suelo que pisaba. Durante cincuenta años ha extendido las manos, en constante y laboriosísimo esfuerzo, para apresar la intuición en que había caído, la entrevisión de la Idea que desde la primera mocedad le había embargado. ¡Esfuerzo vano! La Idea que en su inicial presentación parecía tan fácilmente dominable, se alejaba siempre, se alejaba cada día más de la presión intelectual con que Dilthey intentaba someterla a concepto claro. ¿Era incapacidad personal de Dilthey como pensador? ¿Era la tragedia, tantas veces repetida, de que la primera aparición de una Idea es *siempre*

prematura?» (VI, 166). «Probablemente no es tan anómala como pueda al pronto juzgarse esa insuficiencia del pensamiento de Dilthey medido consigo mismo. Es lo más verosímil que haya acontecido lo propio con todo pensador colocado en el estadio primerizo de la evolución de una gran Idea» (VI, 174).

Yo no voy a decir que Ortega estuvo tan ciego como Dilthey para la Idea de la vida. Le tocó venir después de éste y ya encontró, si no los libros de Dilthey en qué inspirarse, sí «el nivel del destino intelectual» más elevado. Descubrió un segundo pedazo de la nueva idea. «La 'razón vital' significa una cosa más decisiva que lo entrevisto por Dilthey. La pura verdad es que éste se quedó prisionero del irracionalismo vital frente al racionalismo intelectual y no acertó a descubrir ese nuevo racionalismo de la vida» (VI, 197, nota). «En mi obra no hay apenas ideas que coincidan con las de Dilthey, ni siquiera que las incluyan y supongan como precedente—¡ esto es lo que lamento!— ¡ Por eso he perdido diez años! Pero hay más: mis problemas y posiciones no sólo [no?] coinciden e incluyen como precedentes las de Dilthey, sino que parten ya, desde su primer paso, de una estación más allá de Dilthey en la trayectoria de la Idea de la vida. Pues ¿y el paralelismo? El paralelismo excluye precisamente la coincidencia y significa sólo estricta correspondencia. Las paralelas no pueden tocarse en ningún punto porque *vienen* de un origen independiente. Su convergencia en el infinito expresa esta contradicción de que son la misma línea y, a la vez, la más diferente. Sólo dos pensamientos paralelos pueden estar seguros de no coincidir materialmente nunca, porque les separa lo más fundamental: un punto de arranque distinto y distante, *porque toman desde luego el problema a diferente nivel*, uno más avanzado y pleno que el otro. La idea de la *razón vital* representa, en el problema de la vida, un nivel más elevado que la idea de la *razón histórica*, donde Dilthey se quedó» (VI, 175. El subrayado es del texto).

Pues bien, concedido que Ortega haya tenido un mayor grado de conciencia que Dilthey acerca del tema de la vida, termina, creo yo, por coincidir con él en una insuficiencia o negación suprema: *en no haber llegado nunca a ver su Idea de la vida, en cuanto tal, como una pura verdad*. Le falta, pues, el grado supremo de conciencia con que consta si una nueva Idea es realmente nueva o no: aquel con que consta que es *verdadera*.

Sopese bien el lector lo que acabo de decir. No se trata de las cuestiones reducidas, de corto diámetro por que anda siempre metido

Ortega como por una selva ; se trata de la Idea *en cuanto tal*, de ver su Idea en cuanto tal como verdad ; en otras palabras, de ver la *verdad* de su *nuevo* sistema.

Cuando el filósofo piensa como tal sobre temas particulares, los piensa desde unos ciertos pensamientos-bases, que son en definitiva a los que acude si se le insta a probar *la verdad* de sus apreciaciones sobre aquellos temas particulares. Cuando dos están de acuerdo sobre esos pensamientos-bases, basta con que quien opina sobre un tema particular cualquiera enuncie sus apreciaciones particulares para que el otro le comprenda sin más prólogos ni epílogos. La verdad o error de esas apreciaciones depende de que se derive o no de aquellos pensamientos capitales básicos. Mas cuando quien opina sobre temas particulares disiente en sus pensamientos básicos de quien le oye o lee, la verdad de sus opiniones sobre aquellos asuntos particulares no queda justificada tan sólo con mostrar la conexión que tienen con *sus* pensamientos básicos, le es preciso justificar, como sea, la verdad de esas apreciaciones básicas, hacerlas valer frente a las del otro, hacerle ver su verdad. La cuestión de la verdad de las opiniones sobre los puntos particulares, termina por elevarse a la de la verdad de las opiniones sobre los temas generales básicos.

Esa apología de la verdad de los juicios básicos o fundamentales es inevitable cuando alguien inicia una *nueva* Idea, como—por lo que dice—le ocurre a Ortega, pues en tal caso se ofrece como cuestionable, si no al iniciador, sí al menos a los demás.

Pues bien, eso es lo que propiamente no hace Ortega, como ya hemos visto. Se limita a prometer unos grandes mamotretos en que dice tratar, expresa y detenidamente la verdad (51) de esos temas básicos (52), y mientras tanto se detiene en exponer sus opiniones sobre los temas particulares, respaldando su verdad en la *supuesta* *verdad* de los capitales. ¡Atención ! No expone *la verdad* de sus opiniones capitales, las que constituyen el horizonte máximo definitivo de su *nueva* Idea.

(51) Yo supongo buenamente que de lo que hablará es de su *verdad*, que es «lo que más importa a un sistema científico» (III, 145), porque si se limita simplemente a exponer sus opiniones para que el lector se entere, es como si no hiciera nada.

(52) Debe ser acaso de los temas básicos más próximos a su pensamiento, según parece deducirse de los títulos de esos tratados. ¿Es posible que trate cualquiera de ellos, como se merece, de la esencia, de la existencia, del principio del mundo, etc.? Veamos, cuando se publiquen, si a ello llegan.

¿A qué es debido esto? Visto que el caso de Ortega coincide con el de Dilthey, también puedo atribuirle a él la interpretación que él da de las insuficiencias literarias de Dilthey: que no habló propiamente sobre los temas fundamentales, básicos de su pensamiento, porque no tenía una idea clara sobre ellos, sobre su verdad, debido, al menos, a tratarse de un «saber germinante», a ser co-iniciador de su Idea, y «la primera aparición de una Idea es *siempre prematura*» (VI, 166).

Además de esa razón, ¿hay otras todavía más hondas? Tales serían la incapacidad personal de Ortega como pensador, y el error intrínseco que tuviese la nueva Idea.

En ambos supuestos habría podido permanecer la misma figura en la obra literaria orteguiana, aunque no se tratase de la etapa inicial de la nueva Idea, por ser causas permanentes. Mas estas posteriores interpretaciones no alcanzan eficacia real. La primera porque creo que no se cumple; la segunda porque, propiamente, no se puede asegurar debido a que Ortega, como hemos dicho, no nos ha manifestado sus opiniones capitales para que las podamos someter a juicio crítico. Esperemos a que sean publicadas sus opiniones sobre esos temas, que debió dejar ya seguramente del todo preparadas para su publicación.

Todo esto creo brinda un *mínimum*, al menos, de justificación suficiente a esta afirmación que hicimos al principio del párrafo: no da Ortega de una manera clara, explícita, las razones, los pensamientos fundamentales de su doctrina, porque no los posee él tampoco de manera clara y explícita.

ISACIO PEREZ